



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce. Sra. Avelaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.) Araquistain, Anchorena, Aibusne, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borrajo, Borrero, Bueno, Breamon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Buitrago, Calco Asensio (D. Pedro), Camposamor, Camús, Casaleja, Cabete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de) Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cusó, Sra. Coronado, Sres. Calco Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Ducarrete, Díaz (José María), Díaz Pérez, Duran, Dague de Riva-Echevarría, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermin, Toro, Flores, Figueroa, Figueroa, Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galeste de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Renté, Guelbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Lorrañaga, Lasaña, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guijarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártoz, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Maiagarriga, Ochoa, Olaverria, Olaverria y Huarte, Orgez, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Passaron y Lastra, Pasual (D. Agustín) Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aquilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador del Salvador, Salmoron, Sauromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueta, Tubino, Talero, Ulloa, Voalera, Velez de Medra no Vega, (Venturá de la), Vidart, Wilson (baronesa de) Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de) Cemborain y España, (D. Eugenio), A costa (D. Juan), Ribí y Fontere, R. Ortiz y Benayto

**PRECIO DE SUSCRICIÓN**  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—  
 Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
**PRECIO DE LOS ANUNCIOS**  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.  
 Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Febrero de 1886

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Administración y redacción: Valverde 2, primero

**SUMARIO**  
 Revista política, por Raguier.—Miguel Servet, por Pedro González de Velasco.—Domingo Cimbrosa, por S. Pérez Montoto.—Maruja, (poema), por Gaspar Núñez de Arce.—Concepto del teatro, por Antonio Cánovas del Castillo.—Venta de los montes públicos, por A. José García Moreno.—El retrato (poesía), por Luis Fernández Vior.—La medicina árabe en el siglo XII, por ...—El poder temporal de los Papas en el siglo XIX, por Nicolás Díaz y Pérez.—Perfiles literarios, por Antonio Guerra y Alarcón.—La integridad de la patria (poesía), por Luis Moreno Torrado.—Las bodas del pueblo, por R. Estirado.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Los escándalos de Londres.—La agitación socialista.—Sociedad de matuteros.—Los ingleses en la Alta Birmania.

La nota más importante de la prensa extranjera es la referente al escándalo dado por las clases obreras en la poderosa capital de Inglaterra.  
 No es nuestro ánimo dar detalles minuciosos del suceso, porque sería lo mismo que repetir lo que toda la prensa diaria ha detallado y esparcido por el mundo.  
 El hecho es como sigue:  
 Veinte mil obreros quejosos de su situación precaria y miserable se reunieron en la plaza de Trafalgar en Londres, y, acalorados con los discursos de oradores vehementes, cayeron como una avalancha sobre las calles céntricas de la capital de Inglaterra, deteniendo carruajes é injuriando á sus dueños, apedreando las casas, rompiendo y saqueando los escaparates y amedrentando á la policía.  
 El hecho no hubiera tenido nada de extra-

ordinario en cualquiera otra nación; pero tratándose de Inglaterra lo es y mucho.  
 La clave de esto se hallará fácilmente con sólo recordar que Londres es el arca de hieiro de los caudales de las clases conservadoras de todas las naciones; su Banco es la caja de los potentados de la tierra.  
 He aquí por qué la noticia ha resonado en todas partes como la explosión de una inmensa caja de pólvora.  
 Después de las manifestaciones de obreros en algunas ciudades de Italia, que no llegaron á amenazar seriamente el orden público, y de los sangrientos desórdenes que produjo la huelga de los mineros de Decazeville (Francia), en la cual fué mártir del cumplimiento de su deber un ingeniero, asesinado en el momento mismo de arengar á los huelguistas para que volviesen á sus abandonados trabajos, estallaron con imponente violencia los tumultos de Londres, en la tarde del 8 de los corrientes.  
 Una gran manifestación de obreros sin trabajo se verificaba, como ya hemos consignado, en Trafalgar Square, á las dos, organizada bajo los auspicios de la Federación democrático socialista, cuyos principales miembros parece habian manifestado previamente á la autoridad, que, respondiendodel mantenimiento del orden, no señalase puesto en la gran plaza del meeting, teatro clásico de las manifestaciones populares en la metrópoli de Inglaterra, sino á algunos policemen, para proteger la columna de Nelson.  
 Más de veinte mil personas, según unos, ó de setenta mil, según otros, y entre ellas muchos socialistas extranjeros, reuniéronse en Trafalgar Square y sus cercanías, y después de algunos discursos violentos que pronuncia-

ron varios oradores, clamando contra la organización actual de la sociedad, el ingeniero Burns, uno de los jefes socialistas, desplegó una bandera roja y excitó á las turbas al saqueo y al robo.  
 Muchos oyentes protestaron, pero, los más, alentados con nuevos discursos y enérgicos apóstrofes del bolsista Hyndman, también socialista, y de los conocidos agitadores Cham pion, Walle y otros, gritaron con estentóreas voces:—¡Abajo los opresores del pueblo!—y se encaminaron en compacta masa hacia el West End, ó sea la parte occidental de Londres (en la cual habitan los grandes propietarios y los comerciantes ricos), llevando en triunfo al ingeniero Burns que les habia excitado al tumultuoso movimiento.  
 Recorrieron las calles y plazas de Pall Mall, Sain-James, Piccadilly, Oxford, Regente y otras, las más aristocráticas, lanzando piedras á los balcones y ventanas de los circulos, rompiendo los cristales de las tiendas, saqueando algunos comercios, insultando y robando á las personas que encontraban al paso, ya fueran en carruaje, ya á pié, si por su aspecto indicaban que pertenecían á la clase de los opresores.  
 Es imposible descender á detallar los estragos que cometieron los alborotadores, porque para hacerlo en toda su extensión necesitaríamos todo este número de LA AMÉRICA, y además, porque como ya hemos dicho antes, los conoce todo el mundo por las relaciones de la prensa periódica diaria.  
 Calcúlase que las pérdidas ocasionadas pasan de tres millones de pesetas.  
 \*\*\*  
 El Imparcial ha revelado la existencia en esta capital de una sociedad poderosa que rea-



liza grandes ganancias con el comercio fraudulento de los artículos de comer, beber y arder más gravados con los derechos de consumos.

Según el periódico citado, la sociedad de matuteros cuenta muchos años de existencia; tiene establecida una contabilidad en toda regla, paga sueldos crecidos á sus principales dependientes y mantiene personal subalterno que se aproxima á la cifra de tres mil individuos.

La rebaja de las tarifas últimamente decretadas por el Ayuntamiento, disminuyendo el interés que inspiraba el fraude, ha hecho que la sociedad contrabandista suspenda sus operaciones, licencie parte de sus fuerzas y siga abonando sueldos más pequeños al núcleo principal de matuteros, esperando tiempos mejores.

No hay que decir cuan novelesca y extraordinaria ha parecido á la generalidad de la prensa de Madrid la revelación de *El Imparcial*.

\*\*\*

En el *Message* ó discurso de la Corona, leído por el Lord Canciller en la apertura oficial del nuevo Parlamento británico, resalta el importante párrafo que sigue:

«Con gran pesar me he visto obligada á declarar la guerra en Noviembre, á Thebó, rey de Ava, en Birmania, porque este soberano, desde su advenimiento al trono, había cometido sistemática é incesantemente actos de hostilidad contra mis súbditos y los intereses de mi Imperio... El valor de mis tropas europeas é indias, que operan allí á las órdenes del teniente general sir Henri Prendergast, no tardó en poner al país bajo mi poder, y he resuelto que el método más seguro que se debe seguir para asegurar la paz y el orden en aquellas regiones consiste en la incorporación definitiva del reino de Ava (Alta Birmania) á mi Imperio.»

Ya no se trata de protectorado, como decía la prensa británica en Octubre último, sino de la anexión definitiva de la Alta Birmania á la corona de Inglaterra, aunque los *Dacoits* ó sean los *Pabellones negros* del país, están decididos á combatir con la mayor energía la instalación de las autoridades inglesas en el reino de Thebó, y aunque el *Libro Azul* sometido recientemente al examen del Parlamento, según promesa hecha en el citado *Message*, demuestre con documentos incontestables que si pequeñas diferencias entre el rey de Ava y la sociedad inglesa *British and Burmah Company* han sido el pretexto ostensible de la guerra, la causa verdadera se debe inquirir y encontrar en el temor de que cayera en poder de Francia esa misma Alta Birmania después del Tonkin, y por ende, el camino comercial de China; temor que Inglaterra abrigaba, sin disimularlo, desde que llegó á París un embajador birmano, en 1883, para negociar un tratado de comercio.

La ocupación militar de Mandalay, capital del reino de Ava, se efectuó el 29 de Noviembre próximo pasado: las tropas del general Prendergast cruzaron la frontera por los bancos del Grawadday, cerca de Thyetmyo, el día 4; la entrada en Minhla, población importante próxima á aquella, se verificó el día 10, distinguiéndose notablemente en rudo combate con los *Dacoits* el segundo regimiento de infantería de Bengala; el rey Thebó, no pudiendo resistir á un ataque de la expedición inglesa, huyó de la capital de su reino el 27, y dos días después entró en Mandalay el general Prendergast.

No terminaremos esta *Revista* sin traducir literalmente, para dar á conocer la conducta de los ingleses en el reino de Ava, el siguiente párrafo de una carta de Londres, fecha 21 de Enero, que ha publicado *L'Indépendance Belge*:

«Ya es tiempo de poner orden en los asuntos del ex-reino de Thebó. La soldadesca domina allí como dueño absoluto. Según despachos de hoy ha sido fusilado un príncipe de la familia real, por el crimen de no someterse

inmediatamente al yugo británico. El mariscal-preboste, que acompaña al general Prendergast, cuando éste manda ejecutar por fuego de pelotón á todos los *Dacoits* que son hechos prisioneros, comete la crueldad de fotografiarlos en el mismo cuadro, mientras los soldados aguardan la orden de hacer fuego. Hace pocos días un desdichado birmano, llamado Woguet, á quien se acusaba de conspirar contra la autoridad inglesa, ha sido castigado con un suplicio horrible...»

Expuestos los hechos con la posible concisión, excusamos hacer ningún comentario, puesto que, hechos de esta naturaleza no los necesitan.

RAGUER.

## MIGUEL SERVET

El 27 de Octubre de 1553, á las dos de la tarde, se cometió en la ciudad de Ginebra, en el sitio llamado Champel, un asesinato en la persona del inmortal Miguel Servet y Reves, sacrificado en la horrible hoguera encendida por los fanáticos, á cuyo frente se encontraba Calvino, hombre cruel y extraviado, quien atentó contra la vida de nuestro compatriota sin derecho alguno para juzgarle, y no descansó hasta que hizo parecer inicuamente al hombre más compasivo, amante y entusiasta predicador de Jesús y de su doctrina. Las llamas de aquel brasero, atizado por el verdugo á pocos pasos de la puerta de San Antonio de dicha ciudad, pudieron ser apagadas por la abundante lluvia que aquel día cayó, como si la misma naturaleza protestara del atentado y del crimen. No obstante, la hoguera arde media hora, el cuerpo de Servet es reducido á carbón y su alma pura vuela á la mansión de Dios, al lado de su idolatrado Jesús, cuyo nombre fué el último que pronunció, pidiéndole misericordia y bendiciéndole al espirar, consecuente con la doctrina del Mártir del Gólgota, de quien fué acérrimo y entusiasta admirador y defensor durante toda su vida.

Calvino y sus cómplices creen haber hecho una obra meritoria al quitar la vida de aquella manera á un adversario á quien sólo ayudados por autoridades fanáticas y extraviadas vencieron física y fraternalmente, pero nunca en el terreno de la lógica y de la razón. Miguel Servet fué juzgado, sentenciado y quemado por herejes que ni entendieron ni supieron destruir sus doctrinas. ¡Qué lástima que aquellos hombres no hubieran estudiado mejor los grandes pensamientos de nuestro héroe!

Sus razonamientos, sus obras, su suplicio, hacen la apoteosis de su firmeza de carácter, de sus convicciones científicas, de sus escritos, que estudiados después sin pasión, con fría imparcialidad, demuestran bien claramente de cuan distinta manera pensaba Servet de cómo fué juzgado por los irreflexivos y apasionados doctores reformistas; resaltando su mérito, su saber, su precocidad de conceptos en la mayor parte de sus obras, las cuales nos le demuestran y fotografian como un genio de primer orden de su tiempo, en que no tuvo rival.

Un silencio sepulcral siguió á aquel atentado, y el nombre de Servet se sepulta en el olvido á los pocos días de haber sido sacrificado; y todo cuanto pudieron haber á las manos los enemigos de sus trabajos literarios lo redujeron á cenizas con su autor, sin que consiguieran su objeto, pues los trabajos literarios de Servet obtuvieron gran circulación, y el genio varonil de hombres amantes de la verdad, de la justicia y del derecho ha sabido rebuscar y ha tenido la suerte de encontrar sus obras originales, que en gran estima se tienen, y ellas dicen bien alto lo que fué su autor.

Casi un siglo trascurrió sin que nadie se ocupara del desgraciado español, ni se volviera á hablar ni á hacer mención de nuestro sabio, hasta que en el año de 1717 empieza la rehabilitación de Servet por el Pastor Miguel de La Roche, quien ya en 1712 publicó, primero en inglés y en el citado año de 1717 en francés, una notable Memoria acerca de aquel proceso,

célebre por muchos conceptos, teniendo á la vista las piezas originales de los archivos de Ginebra. Enrique Alwerden en 1728, Juan Laurenti, H. Moshem también en 1728, el abate D'Artigny en 1749 y otros célebres escritores tomaron á su cargo la defensa y reivindicación del autor del *Christianismi reitutio*, donde consta de la manera más clara y terminante el gran descubrimiento de la circulación de la sangre del cuerpo humano, función tan trascendental como ignorada de sus antepasados.

En nuestros días, Trechessel, Valaire, Alberte Rilliet (que antes que otros analizó con gran escrupulosidad las piezas del proceso y de esta lúgubre historia) y Emilio Laisset, hicieron notar de una manera detenida el gran espíritu filosófico de los escritos de Servet, poniendo de relieve el gran genio del pensador. Carlos Dardier, de Nimes, Roger, en su *Revista histórica* de 1878, Canitz y Reuss, Coradin, Fausto Socin, Roijden, Claudio Rigot, Teodoro Bizé, Willis y Górdon han estudiado recientemente á nuestro compatriota, con el noble fin de patentizar los hechos en favor del mártir.

Al frente de todos estos desinteresados, heroicos y esforzados varones figura el inmortal A. Tollin, á cuyo sabio é infatigable defensor de Servet debe la época y la sociedad presente la reivindicación, el triunfo de la verdad, de la justicia, del derecho hollado por miserables calumniadores, que por haber expuesto con lealtad opiniones más ó menos encontradas, y sin que las de sus adversarios fueran más verídicas, atropellando por todo y obedeciendo á la pasión, quemaron á un hombre cuyos escritos y trabajos jamás fueron refutados. Y no se crea que Miguel Servet rebuyera la controversia en ningún terreno bajo los diferentes en que pudo y debió ser estudiado y comprendido, encaminándose todos sus trabajos, todos sus estudios, todos sus esfuerzos á patentizar la verdad de quien era acérrimo defensor. Jesús fué siempre el objeto predilecto de su cariño y la defensa de su doctrina, la inculcación de su santo Evangelio, el querer arrancar la mala hierba que pudiera crecer en tan sanos y santos preceptos. El sabio A. Tollin piensa, y nosotros con él, que su siglo fué injusto con Miguel Servet, y que sus jueces, presididos por Calvino, cometieron el gran crimen de asesinato contra un hombre indefenso y en país extranjero.

El Pastor Tollin ha consagrado toda su actividad en estudiar á Miguel Servet desde la cuna hasta después del suplicio. El ha viajado y visitado los lugares donde nuestro compatriota vivió; donde hizo sus estudios, donde imprimió sus libros, donde regentó cátedras, donde ejerció la noble profesión médica, y por último, donde pereció á manos de un verdugo, movido por criminales más verdugos que el ejecutor. Que la sentencia fué bajo todos conceptos injusta, que ella fué resultado del crimen de Calvino movido contra el español con la saña y envidia más inexplicable é inconcebible, lo ha demostrado el erudito Pastor, quien con otros celosos defensores, de los fueros de la justicia y de la verdad, reunidos en Ginebra, donde el crimen tuvo lugar, han declarado inocente á Servet y culpable á Calvino.

Reciban el Dr. Tollin y sus compañeros los plácemes de todos los hombres honrados, interesados en la causa bienhechora de nuestro sacrificado compatriota. Yo, el último de los admiradores de su heroísmo, les envío mi agradecimiento desde este humilde retiro, desde este templo de la ciencia, favorecido hoy por tantas ilustraciones y capacidades, que rinden también el homenaje de respeto y admiración al inmortal descubridor de la circulación de la sangre.

Miguel Servet y Reves nació, según todos los datos que se han podido recoger, en Tudela de Navarra el año 1511. Su padre era natural de Villanueva de Aragón, y por esto, según la costumbre entonces extendida, se firmaba en muchos de sus escritos *Vilanovanos*, con relación al pueblo natural de su padre, que



se cree ejercía el oficio de Notario, y su madre, según parece, era de nación francesa. A los doce años fué mandado á estudiar á Zaragoza humanidades, y tuvo por maestro al célebre Pedro de Angleria, uno de los hombres mas sabios y liberales de su época.

En Zaragoza estudió el griego, los primeros rudimentos del hebreo, los clásicos y las matemáticas, la astronomía y la geografía, que era la ciencia de moda, después de los grandes descubrimientos de Cristóbal Colon y Vasco de Gama.

En el año de 1528 le mandó su padre á Tolosa de Francia á estudiar leyes en aquella Universidad; pero la jurisprudencia no satisfacía su idea ni su afición, qui empezó á tener noticias de Calvino: el principio de los grandes acontecimientos á que dió lugar la vida y hechos de Servet se debe á una Biblia que llegó á sus manos. Toda su atención, todo su pensamiento se fijó en este libro, sucediéndole lo que á Lutero con la que encontró en su convento de Erfur.

Se apasionó con todo el ardor de su temperamento (que era enérgico y vigoroso) de la palabra de Dios, en compañía de algunos jóvenes de su edad. Decía que la Biblia era el libro bajado del cielo, el origen de toda feicidad y de toda ciencia, cuyo libro constituía todas sus delicias, y de su análisis se ocupó con toda decisión y entusiasmo.

Más tarde se dedicó á otro género de trabajos; pero sin dejar por eso de ser lector apasionado y analizador de la Biblia.

Entonces apareció la obra de Melancton, y le facilitó la lectura de la Biblia. Lo que más le llamó la atención en ésta fué la persona de Jesucristo, tal y como la ofrecían á su fe los recitados ingeniosos y populares de los Evangelios, haciendo de esta santa persona para siempre el centro culto de su teología y de su vida íntima. Así es que lo que le hizo á nuestro héroe cambiar de estudio, no fué su educación primera, así como tampoco la tempestad provocada en el mundo religioso por la protesta y voz de Lutero, no; entonces le aborrecía. Tampoco fué la lectura de Erasmo: él no era simpático al holandés; por el contrario, le combatía; aún menos la teología natural de Reymod de Lebondel. La causa de todo lo que impresionó á Servet fué terminantemente, y con exclusión de todo otro móvil, el hallazgo de la Biblia y el estudio profundo del Evangelio, en el que estudió á Jesús, que fué todo el móvil de cuanto hizo y escribió, y en este sentido es preciso contemplar y estudiar á Miguel Servet. Este hombre de gran rectitud, amante como el que más de la verdad, enemigo acérrimo de la mentira, hombre de grandes virtudes y aclaridad de entendimiento, no podía tolerar abusos, creía que los había, y muy grandes, en los reformadores, y hé aquí el fundamento de la inquina de Calvino contra el español, que en la grandeza y aclaridad de su razón, así hablaba de asuntos médicos y anatómicos, como místicos, relacionados con la verdad y pureza del Evangelio de Jesús, á quien consideró como hijo de Dios, y en cuya piedad y bondad, descansaba y á quien encomendó su alma al espirar. Su libro *Christianismi restitutio* no obedece á otro criterio que á la pureza del Evangelio de Jesús, y así se desprende bien á las claras de sus doctrinas; no toleraba en nadie la trasgresión de las de Jesús, sacrificado por los hombres, y reprobaba lo mismo la soberbia de los grandes como sus humillaciones indebidas. Dió pruebas de haber sido hombre eminentemente caritativo y desprendido como nadie; por fin, era un hombre universal en conocimientos prácticos y en ciencias, como se desprende de sus numerosísimos escritos y de los acontecimientos de su vida consagrada á la humanidad.

Servet tuvo ocasión de entrar de secretario del confesor de Carlos V. el célebre aragonés Juan Quintana, fraile franciscano, bajo cuyos hábitos se cobijaban ideas más liberales y tolerantes que las que prometía su época. Se encontró en Bolonia cuando tuvo lugar la coronación del emperador por el Papa Clemen-

te VII, en Noviembre de 1529, cuya ceremonia le sorprendió y contristó sobremanera por los detalles que en ella observó. No podía comprender cómo el príncipe más poderoso de la tierra y millares de frailes se prosternaban besando la tierra y practicando otros actos que, en su sentir, humillaban la dignidad del hombre delante de otro semejante suyo. También vió con pena la profunda corrupción y el escepticismo desvergonzado de los grandes dignatarios de su época.

Entonces tuvo una idea superior á la de los reformadores protestantes y bien distinta de la que éstos se propusieron: la reforma de la religión estableciéndola en su verdadera base, la del Evangelio de su adorado Jesús, motor de todos sus actos.

Servet siguió al Emperador y á Quintana á la Dieta de Augsburgs en 20 de Junio de 1530. Allí estaba cuando Lutero y sus sectarios presentaron su confesión al Emperador Carlos V; y se imagina sin dificultad el interés poderoso, la ansiosa curiosidad con que el ardiente navarro debía seguir los debates de aquella imponente Asamblea y comparar la concepción cristiana formada en el documento oficial por la escuela de Wittemberg, con la concepción que él formuló después por la contemplación personal y directa de Cristo y de los Evangelios, y que quizá él había ensayado precisar por escrito y por su propia cuenta, con su penetrante y sagaz espíritu. A nosotros no nos incumbe ocuparnos de los trabajos ortodoxos y teológicos de nuestro compatriota. Estos y cuantos escritos á ellos referentes hay, los ha examinado y depurado hasta la saciedad el sabio Dr. Tollin, y otro tanto puede decirse con el estudio de Miguel Servet como literato, geógrafo matemático, poligloto, apreciado también y estudiado por el mismo Tollin.

Es el concepto médico el que á nosotros debe ocuparnos, y esta época de su vida es la esencial para nosotros, y á la que se consagró con todo ardor y entusiasmo, colocándose en primer lugar, ya como anatómico, ya como fisiólogo, en todos los dominios que exploró. Salió de Alemania; fué á París, según Beze, en el año de 1534, donde se encontró con Calvino. Los dos rivales se ponen enfrente por desgracia de ambos, puesto que si al uno le costó la vida el terrible duelo que duró diez y nueve años, la reputación del otro estará eternamente empañada con la muerte de su víctima. Estos hombres eran antitéticos, no habían nacido para entenderse y se combatían en los polos opuestos. El uno, de carácter y sangre española, reproducía los sobresalientes rasgos de la raza, y dotado del instinto hácia los grandes problemas, espíritu caballeresco, corazón ardiente y simpático, de una curiosidad inquieta é insaciable, investigaba en todos los dominios los puntos más oscuros, caracterizándose á sí propio cuando en una de sus obras dijo: «Inquietus et magna molens hispaniarum animus.» En todos los cultos quería escoger lo que hubiera más de bueno; siempre sincero y altamente apasionado de la verdad, no atendía más que á instruirse. El otro, Calvino, de naturaleza fría, hallaba derecho el camino sin que le detuvieran los obstáculos, juriconsulto ante todo, no conoce las excitaciones, los matices, las dudas, de la vida sólo conoce lo que tiene de trágica. El dogma de su teología era que con mucha humildad aparente y un poco de astucia y lógica triunfaría de las grandes dificultades que se presentarán en el camino. Había nacido para dominar; era implacable para los que se resistían; la menor desviación en la doctrina y en la conducta era una rebelión contra Dios, digna de castigo; toda idea de tolerancia ó de clemencia era para él una sugestión de Satanás. Era injusto é inhumano.

Miguel Servet marcha á Lyon, y el doctor Sinforiano Champier es su profesor y maestro en la ciencia médica. Champier era gran botánico, astrónomo, platónico, partidario de Galeno, gran defensor de sus doctrinas, y gozaba en la ciudad y en la comarca de la primera reputación: tenía á su discípulo gran cariño, que fué correspondido por éste dando á su maestro

grandes pruebas de simpatía por el interés con que le trasmitía sus conocimientos y doctrina, con lo cual se apasionó profundamente por la gran ciencia. Esto sucedía el año de 1536. Cuando Miguel Servet tenía veinticinco años de edad, suponiendo su nacimiento en el año de 1511, Champier fué quien le enseñó la teoría de los tres espíritus: vital, animal y natural.

Al propio tiempo que Servet se ocupaba con tanto ardor como entusiasmo de la medicina, ganaba su vida con el cargo de corrector de imprenta, que en aquella época sólo le desempeñaban personas dotadas de grandes conocimientos científicos. El año anterior de 1535 publicó en esta ciudad por cuenta de los hermanos Trechsel una nueva edición de la versión latina de la Geografía de Tolomeo, por Bilibald Pirckheymer, añadiéndola comentarios que eran el fruto de sus viajes y observaciones personales. Esta es una obra de lujo, modelo de tipografía y de erudición; abundan en ella los grabados de madera, y los tiene en las márgenes y á la cabeza y fin de los capítulos. A pesar de su elevado precio se agotó la edición rápidamente, y una nueva, cuidadosamente corregida, apareció por sus cuidados en 1541.

El Pastor Tollin demuestra con razón en un magnífico estudio publicado en 1875, que al editor de este libro, considerado como el verdadero fundador de la Geografía comparada, no obstante la bondad de esta obra, le ocasionó grandes disgustos, y hasta fué motivo de una acusación por sus enemigos, que creyeron ver en uno de sus pasajes una calumnia contra Moisés.

De Lyon pasó á París lleno de fe y de entusiasmo á continuar sus estudios médicos en el colegio Calvi, donde fueron sus maestros Juan Gunther, Silvio, Fernell, siendo discípulo de Versalio, á quien sucedió como ayudante y preparador anatómico práctico par las lecciones de su maestro Gunther. Este profesor dió público testimonio de la habilidad de su preparador y discípulo en una obra que publicó en Basilea en 1539, rindiendo justo homenaje á la habilidad y sagacidad con que Servet presentaba y hacía las preparaciones, así como á su distinción en todos los géneros de literatura.

En cuanto á la doctrina de Galeno, no cedió á nadie *Vix ulli secundus*. Conquistó honoríficamente los grados de M. A. y M. D., y fué declarado *libre* para ejercer legalmente la Medicina.

Durante esta época publicó dos opúsculos, que son los menos conocidos de sus obras, á causa de su extrema rareza, uno en favor de su maestro Champier contra los ataques de un profesor de Heidelberg. Tollin ha tenido la buena suerte de encontrar un ejemplar, y se propone publicar sus pasajes más interesantes. En 1538 publicó Servet un folleto satírico contra los profesores de París: *Apologética disceptatio pro astrologia*, que se habían permitido contrariar su opinión sobre la pretendida ciencia de los astros, de que Servet estaba apasionado, á imitación de su maestro Champier, y que debía abrir muchos horizontes á su brillante imaginación y religioso matismo.

En el intervalo que medió entre estas dos publicaciones, leyó las matemáticas (como se decía entonces) en el colegio de los Lombardos, esto es, dió un curso público sobre Geografía y Astrología.

Entre el numeroso público que acudió á sus lecciones, había un joven eclesiástico aventajadísimo, llamado Pedro Paulniere, que más tarde fué consagrado Arzobispo en tiempo de Francisco I, después de haber desempeñado altos y honrosos puestos de confianza, ocupando la silla de Viena en el Delfinado. Este prelado, muy liberal, prestó á Servet grandes servicios, siendo su tercer protector, después de Quintana y Champier, habiéndole tenido alojado en una casa aneja al palacio arzobispal.

Un proceso en regla ante el Parlamento de París le valió el curso de Astrología. De acuerdo con la Inquisición, dos facultades le



formaron causa; se le acusó en 18 de Marzo de 1538 de mezclarse en la parte judicial, es decir, en investigar para adivinar ciertos casos particulares, según la influencia de los astros. Sus lecciones se consideraron como difamatorias, y se prohibió la lectura de su *Disceptatio* y su circulación pública.

El Dr. Tollin, con su genio investigador, ha podido encontrar un ejemplar (se creyó haber perecido en la hoguera), y se propone la reimpresión de un trabajo tan curioso como raro, y de este modo podremos juzgar mucho mejor que lo haríamos hoy, cuáles eran los puntos culminantes de la especulación astrológica del joven doctor.

No era segura en París su estancia, ni su persona podía tener allí tranquilidad, pues se creó muchos y poderosos émulo por sus trabajos y atrevidas publicaciones; por lo cual abandonó la capital, y con el apellido de Villanueva se fué á ejercer á provincias, donde adquirió gran reputación.

Miguel Servet había publicado en París un trabajo de terapéutica en el año 1537, y en casa de Simon Colines, donde fué acogido favorablemente, hicieron cinco ediciones en once años. Defendió á Galeno y á Hipócrates contra los partidarios de Averrohes ó de la medicina árabe. El libro titulado *Siruporum universu ratio* es notabilísimo, y su latín de una elegancia superior. En su prefacio *ad lectores*, declara el autor que es ante todo el amor á la verdad lo que le induce á escribir este volumen. En los consejos que da y en los principios que expone tiene entera fe. Lo dijo ingenuamente en un dístico griego dirigido al amigo de la medicina, y de propia composición, lo que prueba que conocía el griego, á pesar de la insinuación contraria de Calvino. «Si tú quieres, dice Servet, mantener tu cuerpo en buen estado y moderar la crudeza de los humores, sigue los preceptos de este libro.» No es aquí, sin embargo, donde se encuentran los célebres pasajes acerca del descubrimiento de la circulación de la sangre de un ventrículo á otro á través del paso por los pulmones. El sólo hecho fisiológico nuevo que podría quizá deducirse de algunos párrafos, es que el humor, el líquido llamado por Hipócrates *ómos*, y que él llama humor, se mostraba en un principio en las venas del mesenterio y en el surco transversal del hígado: insiste en el origen ó nacimiento de este líquido, que no es otro que el quilo. ¿Habrá entrevisto los fenómenos de la absorción de los fisiólogos modernos?

En este libro se nota la misma tendencia á la unidad que se observa en sus obras abstractas. El no reconoce dos ó más digestiones en la salud ni en la enfermedad, como se admitía y creía en su tiempo. Afirma que en los dos casos pasan los fenómenos y hechos idénticos. Para él las enfermedades no son más que la perversión de las funciones naturales, y no la introducción en el cuerpo de nuevos elementos.

Las páginas que debían dar testimonio de haber verificado el doctor español uno de los mayores descubrimientos fisiológicos de los tiempos modernos, no se imprimieron hasta 1553 en célebre libro titulado *Christianismo restitutum*. No nos debe admirar que Servet hablara de la constitución del cuerpo humano en una obra esencialmente teológica; para él la anatomía y fisiología era un terreno sagrado. La constitución del cuerpo humano es el mayor de los milagros: *Miraculum maximum est hæc hominis compositio*. El autor quiere exponer la manera con que lo divino obra sobre la naturaleza del hombre, tendiendo á verificar la descripción del cuerpo humano en donde va á ejercerle, como en un santuario la acción del Espíritu Santo.

El sabio anatómico estaba orgulloso de publicar su maravilloso descubrimiento, cumpliendo la promesa que anteriormente hizo de poner en claro los principios de las cosas desconocidas á los más grandes filósofos.

Dice que es errónea la antigua clasificación de los espíritus vital, animal y natural; que realmente sólo existen dos de éstos: el vital y

el animal, tomando esta última palabra en el sentido físico.

Para él el vital tiene su asiento en las arterias y en el corazón (es la sangre arterial); cuando este espíritu está fluido, pasa á las venas y al hígado, y le llama espíritu natural, sangre venosa. El espíritu fluido que hay en las venas es, por consiguiente, de la misma naturaleza que el de las arterias, es el mismo espíritu. En cuanto al espíritu animal físico, que es como un rayo de luz, tiene su asiento en el cerebro y en los nervios del cuerpo. Servet hace uso, por tanto, de la antigua terminología, pero da una significación á los términos de que sirve. Citaremos las líneas más importantes:

«El espíritu vital, dice, tiene su origen en el ventrículo izquierdo del corazón, debido sobre todo á los pulmones que lo producen. Es un espíritu ligero, elaborado por la fuerza del calor, de color brillante (flavo), de una potencia de fuego (igneo); es como un vapor claro, procedente de una sangre mas pura, contenido en sí agua, aire y fuego. Este espíritu vital proviene de una mezcla operada en los pulmones, del aire aspirado con la sangre sutil elaborada, que el ventrículo derecho del corazón comunica al izquierdo. Pero esta comunicación no se verifica de modo alguno por el tabique medio del corazón, como se cree vulgarmente, sino con un arte infinito (magno artificio) por el ventrículo derecho mismo. Después que la sangre sutil ha sido puesta en movimiento por un largo circuito á través de los pulmones, es preparada por los pulmones y se vuelve brillante. De la vena arteriosa (arteria pulmonal) pasa á la arteria venosa (venas pulmonales), en esta misma arteria venosa se mezcla con el aire aspirado y se purga de toda impureza (fuligine) por la aspiración...»

La prueba de que la comunicación y la preparación tiene lugar al través de los pulmones, la suministran las múltiples aproximaciones (varia) y la comunicación de la vena arteriosa con la arteria venosa de los pulmones. Está además en apoyo de su aserción el considerable grosor de la vena arteriosa, que no lo sería tanto ni lanzaría tan gran cantidad de sangre del corazón si únicamente debiera servir á la nutrición de los pulmones. Además, en el feto, los pulmones tienen por sí mismos la nutrición, puesto que las válvulas del corazón permanecen cerradas hasta el momento, y por consiguiente debe servir para otro uso la sangre arrojada por el corazón á los pulmones en la hora del nacimiento en tan gran cantidad. Al mismo tiempo, no es el aire simplemente, sino éste mezclado con la sangre, lo que envían al corazón los pulmones por medio de la arteria venosa.

Ahora bien; la mezcla se verifica en los pulmones; este color brillante se lo dan á la sangre espirituosa (arterial) los pulmones, no el corazón, en el ventrículo izquierdo el sitio sería muy insuficiente para verificarse en él una mezcla tan grande y abundante y para la elaboración de este color brillante. Por último; el tabique medio no tiene vasos ni recurso alguno, ni es apropiado á esta comunicación y elaboración, aun á pesar de que se produjera un rezumamiento con el mismo arte que en el hígado, la trasfusión de la vena porta á la vena cava por relación al espíritu (sangre arterial). Así, este espíritu vital es á continuación arrojado del ventrículo izquierdo del corazón en las arterias de todo el cuerpo.

De lo expuesto y de lo que consta en el libro de Servet *Christianismi restitutum*, se deduce clara y distintamente que nuestro mártir conoció perfectamente toda la circulación de la sangre. No podía menos de ser así; pues descrita perfectamente la pulmonal y colocada la sangre de retorno de los pulmones en el ventrículo izquierdo, ya lo dice categóricamente «de aquí se reparte á todos los órganos. Ille itaque spiritus vitalis á sinistro cordis ventriculo in arterias totius corporis deinceps transfunditur», cuyo texto original quita toda duda acerca de este asunto, completamente re-

suelto por el inmortal Miguel Servet de Villanueva y Revés.

No tenemos que invocar á Galeno, de quien era apasionadísimo Servet, ni á otro autor alguno anterior á él, toda vez que los anales de la ciencia á nadie citan, ni textos ni autores que hayan hablado de la manera que queda expresada en su libro, prohibido lo mismo por una que por otra parte. En ninguna página de la obra de Versalio *Corporis humani fabrica*, se encuentra texto alguno que tal indique. Harvey no había nacido cuando Servet escribió su obra, de modo que sus escritos son posteriores al suplicio del mártir, y todo cuanto se dice del autor inglés, no expresa más que el perfeccionamiento de la obra que Servet inició y completó, por más que Harvey añadiera los toques que llevan siempre los pensamientos y descubrimientos científicos, y en particular esta función, ignorada en todos los siglos anteriores y puesta de manifiesto por nuestro compatriota.

Habiendo pasado en Padua nuestro Servet algún tiempo; habiendo hecho allí estudios detenidos en aquella célebre Universidad; habiendo adquirido en la misma relaciones y amistad con hombres célebres y discípulos distinguidos, es de creer que á éstos les mandara ejemplares de su obra. Colombo, Cesalpino, Ruini, Rudio, Sarpi y Fabrici de Acquapendente, Blandrata, Gribaldi y otros que han dicho algo acerca de la circulación de la sangre, todos eran italianos y escribieron después de impreso el libro *Christianismi Restitutio*, del que tomaron sin duda la idea, y si no citan de dónde la han sacado, es sin duda por la prohibición que sobre el tal libro estaba impuesta, en una época de completo desbordamiento inquisitorial, en la que ambas Iglesias quemaban á cualquiera que se atrevía á escribir contra ellas ó leer obras que pudieran iniciar los ánimos en trabajos que tendrían á poner en claro los errores que en ambas pudieran censurarse.

El gran paso de gigante, el que no tuvo predecesor en el gran estudio anatómico filosófico, le dió Miguel Servet el Villanovano. Respecto al martirio de nuestro héroe, no reconoció otro motivo que la cruel envidia de Calvino y sus cómplices. La parte que tomaron las Iglesias y Consejos de Basilea, Berna y Zurich, lejos de influir para que Servet no pereciera en la hoguera, atizaron más y más el encono, sólo por adular á Calvino, que con él creyeron hacer una obra meritoria siendo excesivamente crueles con su víctima.

El día 26 de Octubre de 1553 (jueves) se pronunció la horrible sentencia, el viernes por la mañana le fué notificada al desgraciado Servet la sentencia de ser quemado vivo, llevándose á cabo la criminal y horrible ejecución, según queda dicho, el 27, á las dos de la tarde.

Como ya lo hemos dicho también, este día llovió por la mañana; el cadalso, ya preparado con leña verde, mojada además por la lluvia, hizo el suplicio más horrible. ¡Qué reformistas de tanta caridad! ¡Qué horror! Un hombre que tanto valía, que tanto se esforcó por la verdad, por las ciencias, por la humanidad, quemado vivo, y ¿por quién? por Calvino. Cuando nuestro mártir vió brotar la primera llama, un grito estremecedor se dejó oír, y hasta el último momento se oyeron murmurar estas palabras «¡Jesús, hijo de Dios ten piedad de mí!» ¡Así acabó Miguel Servet de Villanueva de Aragón!

Tres siglos y medio largos han trascurrido, y la ilustrada sociedad actual horrorizada, pero pensando con la calma y rectitud que corresponde, se espanta al contemplar que las pasiones de personas que por todas partes hablaban de religión la profanasen de aquella manera, bajo la invocación de un Dios de paz, de caridad y de bondad; representantes tan soberbios, tan crueles, tan intolerantes, que emplearan la hoguera para matar y hacer perecer en ella á hombres en cuyas opiniones, más ó menos exageradas, les guiaba sólo la idea de esclarecer la verdad. Pues bien; otra sociedad, otra generación más sensata, amiga de lo justo, apasionada del derecho, no ha des-



cansado hasta remover las piezas de aquel horrible y criminal proceso y no ha descansado hasta formar un tribunal cuyo veredicto conste ante nosotros, el que nos dice que Calvino fué criminal y que Servet no fué culpable.

Este tribunal ha sido formado por los representantes de diferentes iglesias y naciones cristianas, en Ginebra, en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Holanda y otras.

Saludemos con la cabeza descubierta al infatigable Pastor Tollin, á quien principalmente debemos la rehabilitación de nuestro compatriota Miguel Servet, cuyos nombres quedan para siempre en la historia de nuestra patria tan indisolublemente unidos, que nada ni nadie será capaz de separarlos en los siglos de los siglos.

PEDRO GONÁLEZ DE VELASCO.

## DOMINGO CIMAROSA

La noche del 30 de Noviembre de 1791 acudió tal concurrencia al ilustre teatro de Viena, que no quedaba materialmente un asiento desocupado. La aristocracia austriaca invadía los palcos, el anfiteatro y las lunetas; la clase media bullía en la galería alta, y más de un artesano había sacrificado su último florín para asociarse á este extraordinario concurso. El emperador Leopoldo debía aparecer muy en breve, y las miradas de los espectadores se fijaban con impaciencia tan pronto en su palco como en la escena, cuyo telón deseaban ver descorrerse.

Aquella noche se cantaba por primera vez una nueva ópera de un compositor extranjero á quien el emperador había hecho venir de Italia, nombrándole su maestro de capilla.

El maestro se llamaba Domingo Cimarosa; y la ópera *Il matrimonio segreto*.

En la corte se colocaba al recién venido por cima de todas las notabilidades, hasta del mismo Mozart; pero la mayor parte de los habitantes de Viena, en sugusto innato por la música y en su patriotismo, serresistían á admitir este juicio.

Sus sentimientos filarmónicos estaban clasificados: admiraban á Glück, veneraban á Haynd, amaban á Mozart, y ahora querían depurar á conciencia el valor de este extranjero que amenazaba eclipsar las celebridades germánicas.

De aquí su empeño en acudir á la primera representación de *Il matrimonio segreto*.

Entró el emperador y resonó la overtura en el teatro, dulce y fresca como un soplo de primavera; alzóse el telón, empezó la obra, y cuando Carolina avanza con su incógnito prometido y cantan aquel delicioso dúo: *Caro, caro, non dubitar*, más de una mala prevención se deshizo y más de un rostro contrariado desarrugó el ceño.

Después, cuando Geromio, orgulloso con la perspectiva de tener por yerno un príncipe, entona su canto de triunfo, *Udite, tutti udite*, pareció resplandecer un rayo de sol en todas las fisonomías. Sonrisas de satisfacción vagaron por los labios que no habían sonreído en mucho tiempo, y más de un dillettanti entusiasta de Mozart, se extasió como si oyese la música de este maestro.

Pero ningún espectador escuchaba esta viva, graciosa y alegre música con tanta atención como un hombrecillo delgado y modestamente vestido con un traje gris, que estaba sentado en el rincón de un palco. Aplaudía con ardor cada acorde y hasta cada nota, y se leía en sus ojos el entusiasmo de que se hallaba poseído.

Cuando terminó la obra y el emperador dió la señal de un aplauso que estalló ruidosamente en el teatro, el hombrecillo gris no pudo menos de prorrumbar en frenéticos y ardorosos bravos.

Retiróse el público haciendo mil elogios del maestro y de su ópera, y no faltó quien dijese lleno de satisfacción:—A la verdad que este

italiano puede competir muy bien con nuestro querido compatriota Wolfgang Mozart.

El héroe de esta noche memorable fué uno de los últimos que abandonaron el teatro, en que él acababa de experimentar las más vivas emociones.

En el momento de atravesar un corredor, donde una lámpara moribunda apenas proyectaba un tenue resplandor, se sintió sujeto por dos brazos que le estrechaban con una especie de movimiento convulsivo.

Era el mismo hombrecillo gris que le esperaba para demostrarle su entusiasmo, y que le dijo:

—No he podido resistir al deseo de abrazaros. Soy también algo conocedor del arte, y la música que acabo de oír me ha parecido escrita por mí, salida del fondo de mi corazón.

—¡Gracias, gracias! Pero, ¿quién sois?—preguntó el nuevo maestro de capilla saliendo á la calle con su desconocido admirador y examinando curiosamente su rostro á la luz de un reverbero.

—Más tarde los sabréis. Ahora tened la bondad de concederme una entrevista, muy cerca de aquí, en una pobre pero honrada casa; deseo saber vuestra historia y la del *Matrimonio segreto*.

Hablando de este modo y tarareando un aire de la nueva ópera, el desconocido arrastró á Cimarosa en pos de sí. Poco después estaban ambos sentados y hablando familiarmente en un precioso gabinete y ante una mesa, en la que ardían un bol de ponche.

Al verlos en tan fraternal conferencia, se les hubiera creído amigos antiguos. El italiano, lo mismo que el alemán, tenían la fisonomía franca, los movimientos naturales y vivos, las facciones finas y expresivas, la boca sonriente y los cabellos cuidadosamente peinados y empolvados. Pero entre los ojos de uno y otro había una notable diferencia; negros y brillantes los de Cimarosa, azules y dulces los de su compañero. Hay miradas que producen sobre nosotros el mismo efecto que el sol sobre la estatura de Memnon; penetran con mágica influencia en el interior de nuestra alma y despiertan en ella misteriosos pensamientos y dulces simpatías: el hombrecillo del traje gris tenía esta mirada maravillosa. Seducido y encantado por ella, Cimarosa le contó su historia, sin conocerle aún.

En el *Matrimonio segreto* ha recopilado el célebre maestro algunos recuerdos de su juventud y ha consignado un nombre, gravado con caracteres indelebles en su corazón: aquellas alegres armonías están dedicadas á un muerto; son como un ramillete de frescas y olorosas flores colocado sobre una tumba.

Domingo Cimarosa nació en Nápoles el año 1753, y era hijo de un pobre zapatero. Siendo aún muy niño perdió á su cariñosa madre, que había procurado criarlo con regalo, ocultándose la miseria de su situación, viéndose entonces obligado á aprender el oficio de su padre. Pero era tan torpe é indolente, que al fin se convenció aquél de que no servía para el caso, y le colocó de aprendiz en casa de un rico panadero llamado Geromio.

Tenía Domingo á la sazón catorce años, y era encantador. El avaro Geromio, viendo aquel niño tan fresco y tan hermoso, le comisionó la venta de panecillos por las calles, no dudando que su buena figura aumentaría el número de los parroquianos; y en efecto, en poco tiempo conoció el panadero el beneficio que le reportaba su nuevo aprendiz. Por desgracia, éste tenía la misma afición á vender pan que á hacer zapatos; y en vez de ocuparse en fomentar su comercio, vagaba á su capricho por las calles y plazas de Nápoles, deteniéndose delante de cada guitarra ó cada organillo que oía, y corriendo detrás de los violinistas y cantores ambulantes.

Geromio, viendo frustradas sus esperanzas, le dió una nueva comisión, que fué llevar el pan por las mañanas á las casas principales. Domingo cumplía perfectamente con su cometido, y el panadero recibía el precio con puntualidad; pero observó que su joven dependien-

te empleaba en esto demasiado tiempo, y quiso conocer la razón de aquella tardanza.

Una mañana de Febrero, mes de invierno en los países del Norte, pero delicioso principio de la primavera en Nápoles, el panadero, después de haber puesto sobre las espaldas de Domingo su carga habitual, le siguió ocultamente, viéndole entrar en una calle próxima y detenerse junto á un muchacho desarrapado que parecía esperarle.

—Toma,—le dijo apresuradamente Domingo;—lleva este pan á las casas que ya te he indicado, y aquí tienes tu almuerzo. Dentro de dos horas te aguardo en este mismo sitio para que me des el dinero.

El muchacho partió, y Domingo se fué por otro lado, desapareciendo bajo el pórtico de una casa de gran apariencia. El panadero se lanzó tras él.

—¿Quién vive aquí?—preguntó á un *lazzarone* que dormitaba junto á la puerta:

—El *signor* Aprile, el famoso maestro de música.

En aquel momento se oyó una deliciosa voz de mujer. Era que á esta hora una elegante y distinguida joven dejaba su aristocrática villa, y venía acompañada de su tia á dar lección con el célebre maestro.

De unos quince años escasos, huérfana, rica, graciosa, y, sobre todo, bellísima, la condesa Carolina estaba rodeada de una multitud de adoradores á quienes no hacia caso.

Un pariente suyo, fatuo y ceremonioso, era el único que tenía el privilegio de pasar diariamente algunos minutos á su lado; la ofrecía un ramillete y la besaba respetuosamente la mano; ella le escuchaba con indiferencia y fastidio, y no volvía á su alegría habitual hasta el momento de verle partir, porque detestaba toda sujeción y quería entregarse con entera libertad á sus caprichos. Uno de sus mayores placeres era jugar con Elisetta, su doncella, corriendo por el jardín como una niña.

Su tia la condesa Fidalma, hubiera querido que Carolina se decidiese á elegir un marido entre sus numerosos pretendientes, pero no queriendo imponerles su voluntad, se reía de lo que llamaba ingeniosas invenciones y originalidades de su sobrina; y Carolina la amaba, como amaba todo lo que no la privaba de su libertad. Solamente su maestro Aprile ejercía sobre ella un verdadero ascendiente.

Esta encantadora joven era á la que Cimarosa, iba á escuchar todas las mañanas hacia cuatro meses.

Poníase de rodillas ante la puerta con el oído atento, inmóvil y silencioso; y cuando terminaba la lección, se ocultaba detrás de una columna, desde donde veía á la condesa subir á su carruaje; corría en seguida á la esquina de la calle, donde le esperaba su comisionado con la cesta y el dinero, y volvía de nuevo á la panadería.

Pero aquella mañana en que su amo le siguió, no debían suceder tan tranquilamente las cosas. Apenas el pobre Domingo se hubo puesto de rodillas en su sitio acostumbrado, cuando el panadero se precipitó furioso sobre él y le empujó contra la puerta con tal violencia, que aquella se abrió y Domingo fué rodando hasta los pies de Carolina. Figúrese el lector cuál sería la escena producida por la cólera del panadero: el ilustre Aprile se levantó con majestuosa indignación; la condesa Fidalma dió un grito de terror y cayó medio desmayada en un canapé; y su sobrina, aunque no pudo menos de asustarse, miró con benevolencia al hermoso joven proterno ante ella, mientras en el fondo del cuadro aparecía la grotesca figura de Geromio.

Cimarosa se levantó y habló con entusiasmo de su pasión por la música, añadiendo que quería ser criado del Sr. Aprile, con tal que el célebre maestro le permitiese únicamente asistir á algunas de sus lecciones.

Conmovido por esta cándida y sincera invocación, ofreció Aprile al panadero una generosa indemnización y obtuvo de él sin gran trabajo que le cediese su aprendiz. Cimarosa, en el colmo de su alegría, tomó la mano de



Carolina y la besó con transporte; la condesa Fidalma creyó que era entonces el momento oportuno para salir de su desmayo, y observó en las mejillas de su sobrina un carmín que hasta entonces no había conocido.

Pocos días después descubrió Aprile tales disposiciones para la música en aquel joven que tan humildemente le ofrecía sus servicios, que le hizo admitir en el Conservatorio *della Pieta*, proponiéndose darle toda su protección.

Domingo entró con fortuna en esta nueva fase de su existencia, su verdadera vocación. Muy pronto se le citó como el más estudioso é inteligente de sus discípulos.

En sus horas de descanso iba á visitar, ya á su protector Aprile, ya á la bella condesa; y poco á poco acabó por ir todas las tardes á la deliciosa *villa* donde ésta habitaba. Hablaba con ella de sus estudios, de sus ensayos musicales y de su maestro Sacchini, á quien tenía gran respeto; Carolina le preguntaba con cariño y le escuchaba con atención.

Algunas veces solía recibirle sobre el verde césped de una *veranda*. Sentada allí Carolina bajo un fresco dosel de flores, con su vestido de seda blando y cubierta su cabeza con un ligero velo, aparecía tan graciosa y bella como una hada.

Domingo se acercaba siempre á ella ebrio de alegría, y la besaba las manos con pasión; tanto la amaba que hubiera permanecido siempre de rodillas á su lado. En cuanto á Carolina, se reburizaba cuando la veía llegar, y temblaba como la hoja del árbol cuando llegaba la hora de que él la abandonase.

El libro del amor estaba abierto para los dos; juntos aprendieron las primeras páginas, pero no fueron más allá.

Ni un beso apasionado turbó jamás la inocencia de sus almas; ninguna confesión ardiente se cruzó en sus entrevistas. Al separarse por las noches, sólo pensaban en volverse á ver al siguiente día: esta era su esperanza y su felicidad.

Así trascurrieron dos años.

Una mañana, después de haber dado la lección acostumbrada á su bella discípula, la dijo Aprile:

—Ayer he oído hablar de Cimarosa en tales términos, que todavía estoy comovido; Sacchini le cre destinado para llevar un nombre glorioso. Si tuviera una pasión desgraciada, una desesperación de amor, se desarrollarían más pronto sus facultades y tomaría su espíritu un vuelo más elevado y firme.

—¡Una desesperación de amor!—murmuró la joven—¿Por qué no una pasión feliz y satisfactoria?

—Porque la dicha enerva á los hombres, y el genio del artista se desarrolla con el dolor.

—¡Una desesperación de amor!—repitió Carolina pensativa.—¿La muerte de la persona amada...

—¡No; eso sería muy trágico! Su casamiento nada más.

Aquella tarde estuvo Carolina en la *veranda* en un singular estado de agitación. Domingo la hizo con afectuoso abandono sus confidencias habituales, pero ella le miraba con aire extraño, y no le escuchaba. Cimarosa llegó á advertirlo, y exclamó:

—¡Carolina, creo que esta tarde os fastidia!

Entonces ella tomó sus manos, y le dijo, poniéndose encarnada hasta lo blanco de los ojos:

—Respondedme, Domingo, una sola palabra en nombre de lo más santo. ¿Me amáis?

El joven la estrechó contra su pecho en un transporte de alegría indecible.

Esta fué su respuesta.

Pero antes de que pudiese tocar con sus labios los de Carolina, se deslizó ésta de sus brazos y huyó.

Un instante después apareció Elisetta, diciéndole que su señora no volvería á verla hasta pasados tres días, y le dió un billete que estaba concebido en estos términos:

«Me habéis revelado vuestro pensamiento. Yo guardaré eternamente ese recuerdo; pero no puedo ser vuestra. Perdonadme; yo os amo.»

Carolina.

Al tercer día, Domingo fué á la *villa* con un funesto presentimiento. En el jardín, de ordinario desierto y silencioso, se oían voces, alegres carcajadas y armoniosos sonidos; por todas partes se veían lámparas de alabastro y guirnaldas de flores.

Sorprendido Cimarosa al ver aquel aparato y al escuchar aquel ruido inesperado, sintió crecer su angustia; avanzó temblando hasta el bosquecillo que conducía á la *veranda*. Al llegar á ella, que era el único sitio oscuro del jardín, dos brazos delicados le enlazaron y una voz llorosa le dijo:

—El amor dichoso enerva el corazón del hombre; tú no debes languidecer, sino ser fuerte y hacerte célebre. Necesitabas un dolor, un profundo dolor; yo te lo daré. ¡Dentro de una hora estaré casada!

Al terminar estas palabras, un beso virginal selló su frente, y dos lágrimas abrasadoras cayeron sobre sus mejillas, y de nuevo Domingo se encontró solo.

Carolina, con la corona de azahar sobre sus sienes, volvió al salón del baile, donde la esperaba su prometido, que era aquel pariente fatuo y fastidioso, que á su pesar, le había asediado de continuo con sus galanteos.

Al día siguiente abandonó Cimarosa á Nápoles. Siguiendo los consejos de su profesor Sacchini, á quien había confiado el secreto de sus amores, entró en el Conservatorio de Loreto, y se aplicó al trabajo con nuevo ardor, justificando con sus progresos la predicción de Aprile.

Muy pronto llamó la atención de los inteligentes con su primer ópera *Il sacrificio di Abramo*; después compuso en poco tiempo con igual éxito *Olympia*, *Il pittore di Parigino* y *L'Italiana in Londra*, que entusiasmó la Italia y se cantó en muchos teatros de Alemania.

Marchó á Florencia, donde se le prometió un honroso puesto, y allí se fué cerrando poco á poco la llaga de su corazón, adormecido con la melodía de sus dolores.

La Rusia le llamó á su seno y procuró retenerlo por mil medios; pero el clima del Norte le era insostenible, y volvió á Florencia, donde supo la súbita muerte de su amada Carolina.

Se la habían encontrado muerta, de resultas de un aneurisma, en la misma *veranda* donde había pasado horas tan felices; la noche anterior había estado en el teatro, en el que se representaba una nueva ópera de Cimarosa: *L'Amor costante*.

El dolor que le produjo tan fatal noticia, le hizo dejar la Italia. Fué á Viena, donde le llamaba el emperador Leopoldo; gozaba á la sazón mucho renombre entre los músicos de Alemania, y se admiraban sus producciones tanto como las de Mozart. Decíase que tenía tal abundancia de ideas, que sólo en un final suyo se encontraba materia para toda una ópera; admirábase también su fecundidad, que había llegado hasta escribir cuarenta *spartitos*, siendo el reputado como mejor *Il Matrimonio segreto*, donde había recopilado todos los recuerdos de su juventud.

Después de contar todo esto á su hombrecillo gris, que le demostró gran interés, añadió Cimarosa:

—Hé aquí los principales acontecimientos de mi vida, habéis sabido hoy lo que jamás he contado á persona alguna. Ahora quisiera que me indicaseis el medio de conseguir un deseo que aun no he podido realizar desde que llegué á Viena. Anhele ver á Mozart, el gran Mozart cuyo paradero ignoro; entre él y yo existe una especie de parentesco, del que estoy orgulloso; pues aunque de fuerzas muy inferiores á las suyas, ambos caminamos al mismo punto.

Sin pronunciar una palabra, el desconocido se levantó y tendió su mano á Cimarosa.

Había tal expresión en su mirada, que éste no pudo menos de decirle:

—¿Quién sois que así conmovéis mi alma?

—¡Soy el autor de *Don Juan*!—contestó el hombrecillo gris.

Ocho días después de esta entrevista (el 5 de Diciembre de 1791) las alas de los ángeles

transportaron á Mozart á otra esfera. Cimarosa sintió profundamente la pérdida de aquel genio á quien profesaba tan alta admiración.

Algunos años después, habiendo muerto su protector Leopoldo, no pudo resolverse á permanecer más tiempo en Alemania, y volvió á Nápoles á arrodillarse en la tumba de Carolina. En este tiempo estallaba la revolución napolitana; impulsado por la desesperación de su alma, tomó parte en ella y fué preso y acusado de alta traición; su gran renombre le preservó de la pena capital; pero fué condenado á prisión perpetua, y á pesar de sus muchos amigos, encerrado inmediatamente en un calabozo.

Pasaron seis años.

El 1.º de Enero de 1801 se anunció en Venecia una nueva ópera. ¿Quién era el autor? nadie lo sabía; pero palabras misteriosas circularon de boca en boca, y una inmensa turba invadió las vastas arcadas del teatro.

Por todas partes se veían soldados y agentes de policía; reinaba un profundo silencio. ¿Qué significaba aquel aparato?

De pronto se abrió en la orquesta una puerta lateral y apareció Domingo Cimarosa. Un grito de alegría se escapó de todos los labios, al ver al célebre maestro por tanto tiempo prisionero.

Estaba pálido, delgado y débil, sin embargo, respondía con dulce sonrisa y graciosos saludos á los testimonios de simpatía que le prodigaban todos los espectadores. Llegó apoyado en el brazo de un amigo, tomó la batuta y dió la señal de empezar, pero á poco, como por encanto, recobró la fuerza de su juventud; su rostro se animó y sus ojos lanzaron chispas; pero al fin del espectáculo cayó desvanecido entre los aplausos y bravos que se prodigaban á su obra.

Este fué su último triunfo. Había solicitado y obtenido permiso del rey para salir de su prisión y dirigir él mismo la representación. La noche siguiente murió con la sonrisa en los labios, pronunciando el nombre de Carolina.

S. PÉREZ MONTOTO.

## MARUJA

POEMA DE D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Núñez de Arce, el insigne autor de *Gritos del combate*, *La visión de Fray Martín*, *La selva oscura*; *Un idilio*, *La última lamentación de lord Byron*, *El vértigo* y *La Pesca*, inauguró en la noche del 5 del actual las veladas literarias del Ateneo de Madrid, dando á conocer su nuevo poema titulado *Maruja*.

Los escaños y las tribunas estaban llenos. En los primeros se veían muchos hombres políticos famosos y muchos literatos ilustres. En las segundas casi todas las damas de nuestra aristocracia que tienen relaciones íntimas con la poesía. Un público digno de un gran poeta que ha sido ministro.

Núñez de Arce alcanzó el éxito que su notable poema *Maruja* merece. Aun cuando es un lector menos que mediano, en sus obras, aún leídas por él, se admiran desde luego la energía del sentimiento, la profundidad de la idea, la forma escultural del período, y la rotunda y severa armonía de la versificación.

Comienza *Maruja* con una minuciosa descripción en que son pincel los versos:

Cerca de un pueblo, en la frondosa orilla  
de un caudaloso río que dilata  
por ancha vega su raudal de plata,  
y en medio de la paz franca y sencilla  
con que nos brinda la apartada aldea,  
risueño albergue, entre el follaje oscuro  
de corpulentos árboles, blanquea.

Alta y segura tapia le rodea,  
que cierra y guarda como fuerte muro  
el cultivado predio, do derrama  
pródigo Dios sus dones paternales.  
Allí de los naranjos y perales  
cruje y se dobla la robusta rama  
bajo el peso del fruto; allí la higuera  
crece con vigoroso poderío;  
cuelga la hojosa vid en la colina,



y el sauce melancólico se inclina sobre las aguas del profundo río.

En este verjel se alza la quinta Conde viven lejos del mundo los condes de Valori.

El poeta describe así el amor tranquilo de que disfruta la pareja feliz;

En tan feliz asilo vive el amor.

Pero el amor tranquilo, santo, inefable, emanación del cielo, no la indócil pasión que se desboca, que nunca sacia su infecundo anhelo y envenena y corrompe cuanto toca. No el ciego ardor que retronando pasa como por el espacio la tormenta; no el fuego voracísimo que abrasa, sino la mansa lumbre que calienta. ¡La lumbre del hogar, siempre bendita! —Arbol que brevemente se marchita es la vida mortal. Hoja tras hoja, el huracán del mundo que le agita de su rico ornamento le despoja, y cuando seco y árido le deja, la tímida ilusión que en él habita, tiende sus blancas alas, y se aleja. ¡Feliz, feliz el árbol que á cubierto de recios y contínuos aquilones, vive seguro en escondido huerto, y hasta que rinde el natural tributo, crece, sin que el furor de las pasiones le arrebatase á destiempo hojas y fruto!— Mas no sólo el pesar ama el misterio; no sólo el corazón que sufre y gime romper ansía el fiero cautiverio con que la torpe multitud le oprime; porque también en su expansión sublime la dicha humana que tan poco dura, busca en la soledad olvido y calma, y es que en sus horas de mayor ventura tiene tristezas íntimas el alma.

Después de la descripción del lugar y de los personajes, comienza la acción del poema.

Mediaba á la sazón el mes de Mayo con su tibio calor. Atardecía. El sol poniente con su oblicuo rayo la copa de los árboles hería, y de sus tintas cárdenas y rojas el trémulo vislumbre relucía entre las tenues y movibles hojas. ¡Con qué hermosa tristeza muere el día! Como en crónico enfermo, que presiente cercano el fin, la luz de la esperanza se dilata más viva y más ardiente, así, á medida que la noche avanza, es el aroma de la flor más suave, más sonoro el murmullo de la fuente y más sentido el cántico del ave. La caricia del céfiro es tan blanda como el beso de un niño, el soberano disco del sol, al trasmontar, se agranda palideciendo, el cielo se colora, medita el triste, el corazón cristiano se reconcentra en el misterio, y ora. ¡Oh, inescrutable y doloroso arcano! Para hacer más sensible la partida, irradia siempre en su postrer instante con su más bello resplandor la vida.

Gozando de la espléndida hermosura de aquel ocaso, la pareja amante por los jardines discurría, en donde aglomeró la conyugal ternura todas las dichas de la tierra.—El conde, ya acostumbrado al ocio de la aldea, casi tendido en la mullida alfombra de césped floreciente, un libro hojear, y á pocos pasos, á la fresca alfombra de un gigantesco alméz, nido de amores, desde donde con grata melodía de la postrera claridad del día se despiden los pájaros cantores; escuchando con vago arrobamiento esas confusas voces interiores con que nos adormece el sentimiento, y junto al lago que ondulante brilla del sol á las inciertas llamaradas su noble esposa está, con la sombrilla trazando en las arenas de la orilla signos, letras y cifras enlazadas.

Su airoso cuerpo la condesa envuelve en blanco y vaporoso traje; cubre su seno incitador espesa y nivea malla de ligero encaje de donde arranca alabastrino cuello; el aura leve de la tarde besa una rosa prendida en su cabello, que cae en trenzas perfumado y blando, y en su mirada diáfana y serena su corazón se ve, como en el fondo del limpio lago la menuda arena.

Dios col nó á la condesa de santas alegrías. No envidia, no aborrece, no ambiciona. Alguna vez, no obstante, embarga su ánimo honda impresión, y en sus ojos se ve el ansia de un deseo. El conde desea descubrir el que él llama *el secreto* de su mujer. Y la interroga con amargura, con reproches tiernísimos.

La condesa mostrábase indecisa; pero venciendo su emoción primera prorrumpió al fin en descompuerta risa, acaso más nerviosa que sincera, y exclamó como en burla:—¡Vaya un tono sentimental y trágico! Te escuso porque mi propio amor habla en tu abono. ¿Tienes celos quizás?—No sé,—repuso animándose el conde.—¡Por qué á veces, cual si cediera el corazón su miso al ansia ineludible de un deseo que no logras vencer, cuando pareces más feliz y contenta, de improviso la frente inclinas y en tus ojos veo cuajada alguna lágrima indiscreta? ¿Por qué esa agitación latente y sorda cuyo origen no sé, que no respeta ni la placida luz de este retiro, y que á menudo, á tu pesar, desborda, arrancando á tus penas un suspiro, como un sollozo acusador? El hecho se niega á mi razón, y temo y dudo..... ¡Ah, ya no puedo más! Rómpace el nudo que ata mi lengua y me comprime el pecho. ¿Por qué callas, por qué?

Casi ceñudo, clavando su mirada escrutadora en los ojos de Clara, que confusa soportaba el agravio de la queja, la respuesta esperó; pues, ¿quién rehusa fácil alivio al corazón que implora cuando puede mandar? Quedó perpleja breves instantes, ruboroso fuego tiñó su faz, y palpitó en sus labios tal vez su confesión, tal vez un ruego que espiró sin nacer. Pero de sabios es mudar de opinión. Dominó luego el generoso impulso que sentía, y prorrumpió, mostrándose enojada:—Pesado estás, Enrique. ¿Hay tal manía? Ni sé, ni oculto, ni sucede nada.—

En el fondo del pecho, en lo más vivo del alma, donde el golpe que se asesta siempre es mortal, el conde trastornado sintió el acre dolor de la respuesta. Como traspasa rayo fugitivo el seno tenebroso de un nublado, así la suspicacia, envuelta en ira, iluminó su frente borrascosa, y la frase brutal—¡eso es mentira!—retorcióse en su boca temblorosa, mas no brotó. Con ojos perspicaces notó la incertidumbre de su esposa, y exclamó reprimiéndose:—¡Mal haces, mal haces en negar á quien te ruega, lleno de amor, la excusa que le debes! ¡Aún el recuerdo del pasado jueves me persigue tenáz! La fértil vega que esponjaban los céfiros de Mayo, reverdecía con pujante brío y bendiciendo á Dios, como el que acaba de salir de intensísimo desmayo, la luz, el campo, la arboleda, el río, la balsámica brisa, todo estaba alegre, menos tú. Me propusiste, tal vez para aliviar tu propio hastío, una excursión á la vecina sierra. Cedí: tu aspecto resignado y triste vencióme y emprendimos la jornada con la fuerza del sol. Tú, distraída, extraña á los rumores de la tierra dejabas caminar, suelta la brida

al dócil potro, mustia y fatigada: y yo á tu lado, sin hablar contigo, marchaba absorto, á tu abstracción creciente buscando sin cesar causa ó pretexto. ¡Sabe Dios á quién tomo por testigo, que no cruzó ni un punto por mi mente nada contrario á tí!—Y al decir esto miraba á su mujer severo y grave. Escuchábale Clara con la frente baja y el aire al parecer sereno, si bien un soplo imperceptible y suave levantaba el encaje de su seno.— —Porque no es desamor, ¿verdad, bien mio? no es desamor la pena que te aflige: quizás, cansada ya, ve con desvío en tan continúa soledad,—me dije,— nuestro largo y monótono reposo.— y con esta inquietud dentro del pecho en silencio seguimos largo trecho desanimada tú, yo caviioso.—

Ya en terreno difícil y escabroso, —el conde prosiguió,—donde el camino por entre peñas y malezas sube, en despoblado á sorprendernos vino de las cimas bajando, oscura nube. Aquel agrio lugar donde prospera en libertad la enmarañada broza, es tan salvaje y solo, que pudiera servir quizás de ascético destierro á algún humilde y santo cenobita. No hallamos ni el refugio de una choza. Únicamente sobre estéril cerro divisamos, no lejos, una ermita. Pero, ¿cómo trepar á aquella altura? Por fin, tras mil esfuerzos y cuidados, nos sacaron con bien de la aventura nuestros ágiles potros, avezados á caminar por trochas y montañas, y llegamos al templo de María cuando la nube, abriendo sus entrañas, en lluvia torrencial se deshacía.

La Santa Virgen nos prestó su ayuda y entramos en la hermita—añadió el conde más conmovido cada vez.—Tú, muda, te prosternaste ante el altar de hinojos.— ¡Es menester que sin piedad ahonde en los negros abismos de mi duda aun cuando estalle el corazón! Los ojos casi llenos de lágrimas pusiste en la divina imagen, y á mi oído llegó tu voz debilitada y triste, como el eco lejano de un gemido. ¡Ay! más desalentado que ofendido me pregunté confuso:—¿Por qué trata á quien tan sólo para amarla existe, con tan injusta prevención, la ingrata? ¿Quién causa su profundo desconsuelo que por injuria á mi cariño tomo?— Hirióme el alma punzador recelo y vacilé desconcertado como si sobre mí se desplomara el cielo.—

La condesa oye esto emocionada. No puede resistir á la desesperación de estas dudas crueles y menos al hechizo de las blandas quejas que las siguen. Pues bien,—dice.—¿A qué ocultarlo? Tengo un secreto. Un afán que me conturba. Un deseo imposible de realizar.—El conde quiere saber cuál. Clara le castiga por su descenianza, diciéndole que no se confesará con él hasta el día siguiente.

En esta conversación les sorprende un extraño suceso. Hé aquí de qué admirable modo le refiere Núñez de Arce.

Por el sendero enarenado y raso que en caprichosa ondulación se aleja de aquel risueño edén hacia la entrada, se iba acercando con ligero paso un guarda, conduciendo de la oreja á una niña nerviosa y asustada como avecilla en manos infantiles. No el leve paso de sus ocho abriles rendía su vigor; pero agitada seguía la infeliz á la carrera, dando al viento su crespa cabellera, de su apresor la marcha acelerada, cual tamo que arrebató la corriente va envuelto en el turbión.—Pierde cuidado,— iba diciendo el rústico impaciente, —pues yo haré ¡vive Dios! que no te metas otra vez, destrozándome el vallado,



á robar flores y romper macetas.  
¡No volverás á tus antiguas mañas!—  
—¡Perdón!—gimió la niña en su extravío,  
con el llanto cuajado en sus pestañas  
como en la flor las gotas del rocío,  
y con acento desmayado y triste,  
semejante al balido de la oveja,  
que al sacrificio va.—¡Por fin caíste!—  
dijo el guarda, cebándose en la oreja  
mas roja que el carmín.—Pero descuida  
que llevarás el merecido pago.—

Por el rumor creciente sorprendida  
salió de pronto la feliz pareja  
de las frondosas márgenes del lago,  
y marchando al encuentro del severo  
y arriscado guardián:—¡Hola! ¡García!—  
el conde preguntó:—¿Por qué tan fiero  
contra esa pobre estás?—Perdone usía,  
contestóle quitándose el sombrero  
en actitud humilde.—Esa mozueta  
se coló en el jardín no sé por dónde,  
y ha causado más daños que una nube.—  
—¡Bravo!—exclamó sin alterarse el conde.  
—¿Y es eso lo que aprendes en la escuela?—  
—A tiempo—siguió el viejo,—la detuve,  
porque si tardo más, llevaba traza  
de acabar con el huerto la chiquilla.—  
Aproximóse el conde á la rapaza,  
y acariciando la infantil mejilla,  
dijo con blando y apacible tono:  
—¿Serás buena, es verdad?—Si, seré buena—  
la culpada exclamó de angustia llena.  
—¡Pues anda!—contestóla—Te perdono.—  
—¡Ah, la perdona!—de paciencia falto  
gruñó García.—Si el señor la trata  
con tanto mimo, en su segundo asalto  
deja la posesión sin una mata.  
—No tendré compasión si otra vez peca  
—dijo el conde riendo:—Pero ahora  
¿qué podemos hacer de esa muñeca  
más chica que el dedal de tu señora?—  
—¡Qué!—respondióle el guarda en un arranque  
de bárbara energía:—¡Casi nada!  
Darle un buen remojón en el estanque.—  
—¡Jesús, qué atrocidad!—gritó indignada  
la dama:—¡Si tal haces te despido!  
¡Maltratar á una pobre criatura!

Prestando á todo perspicaz oído,  
ya de la ansiada impunidad segura,  
la niña estaba con los ojos bajos  
y el pícaro rostro compungido.  
Tosca saya de míseros andrajos  
sus delicadas formas envolvía  
como el capullo á la naciente rosa,  
y animaba su cara maliciosa,  
tostada por el sol de Andalucía.  
con inocente y vivo centelleo  
su mirada leal, que todavía  
no inflamó el odio ni enturbió el deseo.  
¡Oh, cuán gentil con las sencillas galas  
que piadosa le dió Naturaleza,  
parecía aquel ángel cautivado!  
Más negro y más lustroso que las alas  
del cuervo, relucía en su cabeza  
el rebelde cabello enmarañado,  
y en su labio entreabierto y encendido  
bullían retozones y traviesos,  
prontos como los pájaros de un nido  
á escapar en tropel, risas y besos.

Fijó la dama su atención en ella,  
y al través de la saya de mendiga  
rasgada y sucia, la encontró tan bella  
que exclamó sin pensar:—¡Dios te bendiga!—  
Un sentimiento irresistible y tierno  
gana su corazón, siente que el llanto  
sube á sus ojos, como el fuego interno  
al cráter de un volcán. ¿Quién el encanto  
resiste de aquel rostro peregrino?  
Cediendo á un movimiento repentino  
corre á su lado, estática se queda  
contemplando en silencio á la rapaza,  
y una caricia compasiva enlaza  
el vil harapo á la opulenta seda.

Bien conoció la niña que tenía  
dominada á su joven protectora,  
y radió su semblante de alegría.  
La condesa con voz halagadora  
—¿cómo te llamas?—preguntó.—¡Maruja!—

contestó la chicuela alegremente  
alzando el rostro interesante y bello.  
—¡Si estás más despeñada que una bruja!—  
dijo Clara, atusándola el cabello  
y apartando las greñas de su frente,  
que apareció tan plácida y serena  
como noche estival.—¡Es muy gallarda!—  
siguió, buscando el parecer del conde,  
testigo complaciente de la escena.  
—Y luego, vuelta hacia Maruja:—¿en donde  
vives?—la preguntó.—Cortando el guarda  
la plática sabrosa, avanzó y dijo:  
—¿En dónde ha de vivir esa bigarda?  
Tal vez en el pajar de algún cortijo  
ó en medio de una tropa de gitanos.—  
Clara miróle desabrida y seca  
y exclamó interrumpiéndole:—¿Qué es esto?  
Todos, señor Andrés, somos hermanos.—  
Quedó el guarda confuso y descompuesto,  
y Marujilla con maligna mueca  
prorrumpió restregándose las manos:  
—¡Rabia, rabia, gruñón! ¡Hum! ¡Te detesto!—

¡Por Dios que estaba hermosa! Era su gesto  
tan petulante y vivo, su mirada  
tan maliciosa, y su rencor tan justo,  
que Clara, el conde, y hasta el viejo adusto  
soltaron á la vez la carcajada.  
—¡Miren la atrevidilla, y lo que sabe!—  
la señora exclamó como enfadada:  
—¡Un arrapiezo que á sus años cabe  
debajo de una criba, tal descaro!  
Tus padres lo sabrán, y ten por cierto  
que no te irás sin la debida riña.—  
—¡Cá! No me reñirán—dijo la niña  
con dolorosa ingenuidad.—¡Han muerto!...  
—¡Pobre alma mía! ¡Tan pequeña y sola!...—  
gritó Clara, y cogiéndola del brazo  
movida á santa compasión, sentóla  
con solícito afán en su regazo.  
La picaruela envanece y muda  
se unió á la dama en apretado abrazo,  
y en su memoria revivió, sin duda,  
el amor del hogar, ese cariño  
que es, de ternuras inefables lleno,  
más que la leche del materno seno  
fortificante y sano para el niño.

Extraña mezcla de placer y asombro  
el semblante expresó de la inocente,  
que, con lánguida calma, sobre el hombro  
de la condesa reclinó la frente,  
sin atreverse á respirar apenas,  
por no turbar su interno regocijo,  
hasta que Clara, al contemplarla, dijo  
con dulce acento:—Cuéntame tus penas.—

Y en esa charla interminable y rota  
como niebla deshecha por el viento,  
en que cada palabra es una nota  
que llega al corazón, no al pensamiento;  
charla con que la infancia nos domina  
y muere con la edad cuando se clava  
dentro del alma la primera espina;  
dió principio la huérfana á su historia  
como gorjea el ruiseñor su canto;  
mas cuando los sucesos que evocaba  
iban cobrando vida en su memoria;  
pintábase en sus ojos el espanto.  
Como entre sueños, recordó el molino  
en donde vió del sol la luz primera,  
el cauce bullicioso y cristalino,  
el huerto ameno y la feráz ribera  
por donde alegre, entre el ramaje espeso  
suelta como una cabra triscadora,  
buscaba la silvestre zarzamora  
y el higo chumbo en sus espigas preso,  
hasta que á punto de espirar el día,  
cansada ya, bajo el amante beso  
de su indulgente madre se dormía.—  
Luego habló de la noche pavorosa  
de perpetua tristeza para España,  
en que la tierra, como mar furiosa  
hizo temblar el llano y la montaña.  
—Para ahuyentar del enemigo impuro  
las asechanzas pérfidas, rezando  
Maruja estaba en su caliente lecho  
aquella noche memorable, cuando  
sintió azorada vacilar el muro,  
crugir las vigas, desplomarse el techo,  
y á impulsos del tremendo cataclismo  
su albergue paternal rodar deshecho,  
como piedra que cae en el abismo.

¿Quién la arrancó á la muerte en aquel día?  
Sus hermanos, los ángeles. Desnuda,  
dando voces de horror, entre el destrozo  
de su perdido hogar, que engrandecía  
aquella soledad agreste y muda,  
la pobre niña percibió un sollozo  
ronco, desgarrador. ¡Era un lamento  
de su misera madre en la agonía!  
Confusa, atribulada, sin aliento,  
haciendo sin cesar esfuerzos vanos  
para mover las vigas con sus hombros,  
y ahondando con tal ansia en los escombros  
que saltaba la sangre de sus manos.  
—¡Madre, madre!—gritaba respondiendo  
á la extertórea voz desesperada  
que en lenta gradación se iba perdiendo  
en el silencio eterno de la nada.  
¿Dónde dolor tan lúgubre y sombrío  
como el de aquella débil criatura,  
por la fiera catástrofe entregada  
de la lóbrega noche á la pavora,  
que con ávido afán é inútil brío  
arañaba la tierra estremecida,  
temblando de terror, yerta de frío  
y en la implacable soledad perdida?  
¿En dónde mayor lástima?—A medida  
que avanzaba el relato, la condesa  
iba sintiendo el alma enternecida  
de mil contrarias emociones presa.  
Hasta que al fin su angustia contenida  
de súbita estalló, como la roca  
que al romper un volcán, salta en pedazos,  
y con los arrebatos de una loca  
al escuchar tan trágicos sucesos,  
estrechó á la infeliz entre sus brazos  
cubriéndola de lágrimas y besos.  
No menos conmovido, ante una escena  
á un tiempo tan patética y sencilla,  
lloraba el conde, ahogándose de pena.  
Y el guarda mismo, antiguo veterano,  
refunfuñaba:—¡Diablo de chiquilla!—  
Limpiando con el dorso de la mano  
el llanto que surcando su mejilla  
iba á emboscarse en su bigote cano.

La compasiva dama no pudo más. Miró á su esposo  
y le dijo:—¿Quieres saber la causa de mi desasosiego?  
¿Lo que pedía á Dios postrada ante el altar? Pues pedía  
un hijo, y la Virgen nos le otorga. Esta niña será  
nuestra hija.

Y acaba el poema de este modo:

¡Oh, momento solemne! La campana  
de la ruinosa torre de la aldea  
llamaba á la oración; la noche oscura  
avanzando imponente y soberana,  
su negra y estrellada colgadura  
por el inmenso espacio descendía:  
y entre el rumor de la arboleda umbría,  
en medio de su calma solitaria,  
subiendo al cielo en los alados sonos  
del bronce de la iglesia, y confundidos  
en la piadosa y mística plegaria,  
que alza la tierra al extinguirse el día,  
como notas de un arpa los latidos  
de aquellos generosos corazones  
vibraban repitiendo:—¡Ave María!  
¡Consuelo de los tristes y afligidos!

## EL CONCEPTO DEL TEATRO

Del notable prólogo, escrito por el Sr. Cánovas del Castillo, para la obra editada por él Sr. Novo y Colsón, *Autores dramáticos contemporáneos*, transcribimos la última parte, que es bajo todos sus conceptos digna de tan hermoso trabajo, y en ella el Sr. Cánovas expresa su parecer acerca de la naturaleza del espectáculo escénico del siguiente modo:

«Sábese ya que para mí no es el teatro sino lo que son en común las artes, á saber; un juego ó recreo intelectual, un convite del entendimiento al entendimiento para darle á un tiempo á gozar por los ojos y los oídos, tal como Luis Morales de Polo dijo, ó quiso decir. A las veces llega á ser bello en sí ó sublime, con valor propio y eterno, en mano de los grandes artistas este juego; pero sin renunciar á lo más elevado de su naturaleza, en el divino proceso



de la idea estética, bástales muchas veces á las artes lo que todas tienen sin duda por primitivo origen: la imitación. Erauso, aquel gran adversario de Nasarre, que antes cité, se burló sangrientamente de este último á causa de haberle dado al teatro por origen la nativa inclinación del hombre á remedar ó fingir las acciones que vé; y, sin embargo, no es otro el que le encuentra un pensador tal como Augusto Guillermo Schélegel.

No de distinta suerte cabría explicar el que haya aquél nacido espontáneamente en tan apartadas y diferentes regiones como la India, la China y el antiguo Méjico, lo mismo que en Grecia. Los remedos ó imitaciones producen natural placer en los hombres; de aquí, en suma, la afición á las artes en general, y sobre todo al arte dramático.

No participo yo, pues, de la opinión de Saint-Marc-Girardin, de que sea la simpatía del hombre por el hombre, lo que en especial engendre el placer escénico (1); que el remedo ó imitación de las cosas que le son en sí más antipáticas, también es ocasión de deleite para los hombres en todas las artes, y en el teatro singularmente. La causa de que unos se inclinen á imitar, y otros gozan con las imitaciones, es más general y desinteresada en la especie humana que aquel ilustre crítico pensaba. Lo que hay de verdad en ello es que lo humano se hace siempre á nuestros ojos más interesante, ya nos sea en sí simpático, ya antipático, que todo lo demás; y de aquí que excitó más que nada el sentimiento de la imitación en la escultura y la pintura.

Justamente por eso el desnudo, que es lo más genuinamente humano, prepondera en las supremas escuelas de las dos artes. Pero esta preferencia se da, sobre todo, en la dramática, donde al hombre no se le imita y presenta sólo con líneas ó colores, sino hablando, sintiendo, obrando en presencia del espectador.

De todas suertes, ni aquello ni esto se hace por necesidad, ni por satisfacer un fin indispensable á la vida, sino, según tengo repetido, por diversión ó juego. Juega en la escena el hombre, no ya con los primitivos, ó infantiles, y en ambos casos groserísimos remedos de la naturaleza y la vida, sino con la pasión, con el placer, con el dolor, con los contrastes de todo aquello que más noble, más profundo, más poético hay en la edad adulta; y, jugando, descansa así de lo necesario, por su propia naturaleza triste, y de la realidad toda, frecuentemente penosa y sombría. Mera verdad de sentido común resulta, por lo mismo, que para distraerse es para lo que se va al teatro; y, en tal concepto, hasta los más grandes acusadores de las comedias entre los teólogos, confesaban en último extremo que sólo eran de aprobar «concediéndolas á la diversión.»

Mucho más preocupados y aún fanáticos que los dichos teólogos parecen los naturalistas franceses de esta época que pretenden que se divierta el público, quiera ó no, con la mera repetición en las tablas de vida real que suelen estar hartos de vivir, y ver vivir, los espectadores; tomando por supuesto, como realidad exacta del mundo aquello y no más que ellos directamente perciben, ó creen percibir. Con más frecuencia pintan así obras tales al observador que lo observado. Conviene á todo esto decir ya que, cumpliendo su esencial ley la escena y divirtiéndose al público, puede también realizar otros fines muy diferentes, ya haciéndose escuela de costumbre, según pretendieron honradamente los clásicos, ya anfiteatro de autopsias morales, y de conferencias psíquico-físicas ó fisiológicas; ora sirviendo de tribuna á las utopías sociales y á la propaganda revolucionaria y anárquica, ora á la sátira social ó política; constituyendo, en conclusión, un instrumento de aplicaciones múltiples, capaz de contribuir á objetos distintos y hasta contrarios. No divirtiéndose, nada puede lograr, en cambio, porque para cosas serias está ahí la vida real que nada deja que pedir en peripecias y catástrofes, y en especial están los negocios que inmediatamente ata-

ñen á la subsistencia del individuo, de la familia y del Estado.

Si los asuntos serios, y aun trágicos, deleitan al hombre, no es sino cuando se le presentan en espectáculo y por vía de juego; que en tal caso llega á gozar hasta con los combates de gladiadores, los torneos a punta de lanza y las corridas de toros, por lo cual no es mucho que diviertan á los griegos las terribles tragedias de Sófocles y Eurípides, ni que hayan gozado con *La Torre de Nesle* y *Ricardo Darlington* nuestros contemporáneos. Pero es bien natural que si en ocasiones divierte esto al hombre, todavía más generalmente le recree el espectáculo de las cosas fingidas cuando en sí son hermosas, tiernas, sublimes, ó alegres, chistosas y satíricas. Y en uno y otro caso, de todos modos, la nota dominante es jugar á la vida, ó con la vida.

No hay que espantarse, por tanto, de que llegue por lo humilde el teatro hasta las *Revistas* de Navidad, ó por lo noble se levante hasta las óperas serias que se intitulan *Los Hugonotes* ó *Roberto el Diablo*. Ni lo inverosímil de la música de estas óperas, consideradas como dramas, ni lo trivial de la imitación ó representación en aquellas piezas vulgarísimas les quitan á unas ni otras su carácter de obras teatrales, y de legítimas obras teatrales, cuando se complace en ellas el público. No he de excluir yo, pues, género alguno de las tablas, salvo el que de todas partes excluyó Boileau en un verso famoso.

Pero, después de esta liberalísima declaración, ¿será mucho pedir que en el teatro, cual en todas las artes, se guarde algún lugar, y no de los menores, para la poesía?

Nadie ha ganado á realista, en su concepto del teatro, al que escribió éste, á modo de dístico, que se ha hecho célebre.

«Porque como las paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto.»

Y él, no obstante, fué quien inventó el más poético de los sistemas dramáticos, demostrando así que si es preciso ante todo divertir al público que paga ó concurre, y sin ceremonia puede ser calificado de vulgo, eso no empuja para divertirle en ocasiones, muchísimo mejor que con cosas bajas, con lo más puro y noble que produce la mente humana, es, á saber, con la condensación de la vida en los armónicos contrastes de la poesía.

No bastan á ésta, claro está, los versos fáciles y sonoros, magnífico paño de tisú que puede encubrir un esqueleto. Es indispensable que cumpla, ante todo, su misión esencial, de hacer sensible lo bello, y que con lo bello sensible divierta al hombre.

El poeta dramático, en particular, puede buscar objetivamente tan interesantes cuadros de vida como ofrecieran á la ardiente fantasía española por largo tiempo la caballería, el honor y el amor, ó penetrar en el fondo de las pasiones subjetivamente, al modo que aquella intuición inmensa de Shakespeare, apellidada por Schlegel imaginación profética, acertó á penetrar, ya en sus tragedias, ya en sus dramas históricos, nacionales ó antiguos.

Cuando aparece en las tablas una de estas verdaderas obras poéticas, aunque por acaso ostente más calor de imaginación, que sentimiento ingenuo, raro es que no produzca en el público mayor efecto, que ninguna de otro género, notándose esto también si la obra es antes épica y lírica que dramática, según demuestran los grandiosos éxitos de Víctor Hugo, casi nunca merecidos por el dramaturgo, sino por el vate.

No hay, pues, que pensar en excluir del teatro á la poesía, que fuera excluir lo mejor. Pero hay que contar al propio tiempo, con qué conceptos reales ó ideales, tan duraderos, tan fecundos, tan íntimamente unidos á una individualidad nacional, como los que han hecho la fortuna de la escuela española, no se topan á cada paso.

Además, que el que hayan sido duraderos no quiere decir que sean eternos.

Agotada, por ejemplo, la fuente de nuestra dramática á los comienzos del siglo decimoceta-

vo, é inespablemente vuelta á hallar en nuestro días, por causas varias, que someramente he procurado esclarecer, no era posible que ésta alcanzase en su segunda época la larga vida que en la primera; mas ¿por qué no decirlo francamente? A mí se me antoja que el nuevo manantial está hoy también ya exhausto.

El público, que tiene mucho más tarde el paso que los poetas, continúa aplaudiendo, y aplaudirá aún largo plazo, según todas las señas, el *Don Juan Tenorio*, por ejemplo; pero, ¿quién intentaría hoy escribirlo de nuevo, cuando ya reniega de él hasta su propio autor? Y, si alguien se resolviera á parecido intento, ¿lo cumpliría?

Resulta de lo dicho, que no comparto la opinión del conde de Schack, tan docto benemérito en nuestras letras, opuesto de todo punto á que reciban otras obras las tablas que las poéticas y de arte, llegando al extremo de preferir que desaparezcan todas á que alternen con las obras eternamente bellas de los maestros, las de vulgar ó baja ralea. Y esta divergencia nace, no de que deje asimismo de preferir yo que predomine el arte en la escena, sino de que en la práctica juzgo imposible que se realice eso jamás. Los buenos dramas no bastan á surtir de novedades al teatro y novedades son las que se le piden en cientos de escenarios á la vez. Ni cabe, por otro lado, olvidar que la democracia ha triunfado siempre al cabo y al fin en el teatro, que es por su índole de todos, y para todos tiene que ser, sin esperar á que el siglo actual la exaltara y preconizara en las demás esferas. Bastante haremos con lograr que no se extirpe hoy la poesía del teatro, que ella contendrá el mal y lo compensarán en mucha parte, manteniendo de todas suertes vivo el fuego sagrado de lo bello, que aun entre cenizas suelen guardar las épocas ó naciones más degradadas.

Firmemente creo, en cambio, con aquel ilustre poeta y crítico alemán, en la superioridad absoluta sobre cualquiera otro del drama popular «que utiliza todos los elementos nacionales, condensando en su seno los intereses más elevados y sacrosantos, y adquiriendo por tal manera una existencia propia, y en el fondo y la forma una razón especial de ser». Pero tocante á esto mismo he observado ya, que ni se crea un teatro tal á medida del deseo, y en cualquier tiempo, ni una vez creado por dicha, se hace eterno después. Preciso es resignarse de un lado á las obras prosáicas, fructo, según decía Schlegel, de la experiencia, y reducidas á combinar racionalmente los resultados varios que la observación de la vida ofrece, y de otro á apoyar el drama poético, para que no perezca, en distintas bases que otras veces, dentro y fuera de España.

Lo que más atrae ahora la atención de la sociedad culta, en esa superior esfera, según ya he dicho, la exposición y resolución de problemas de la vida, ya individuales, ya sociales, y el estudio psicológico de las pasiones humanas en la escena. Quien quiera continuar siendo, no sólo dramaturgo, sino poeta dramático, probablemente habrá de someterse de aquí adelante á buscar en esos tales asuntos poesía, que así como así, bien sabe estar ella en todas partes. Bueno será en tal caso coordinar siempre la experiencia y la observación con el sentimiento interior que impulsa al artista á amar y buscar lo bello en sí, para ofrecerlo por recreación á los demás. Que cueste trabajo, y pena tal vez, este doble empeño á alguno de nuestros poetas modernos, nada tiene de extraño; pero, al fin, los modelos en España misma están cerca: no hay más que tomar por tales al *Hombre de mundo* y *Consuelo* en verso, y, en prosa, al *Drama nuevo*.

Nada de esto, por de contado, quiere decir que la libertad absoluta de que en todo tiempo ha gozado el teatro para alternar las emociones del público, echando mano de cualquier clase de asuntos y de formar dramáticas de todo linaje, la abdique respecto á los géneros desfavorecidos un día ú otro por la moda, y que tal ó cual orden de inspiración quede por completo abandonado. No ha muchos días es-

(1) *Cours de Littérature Dramatique*. Tomo I.



cribió uno de los críticos franceses más en boga, á propósito del *Wenceslas*, de Rotrou, tomado por cierto de nuestro repertorio, que la tragedia clásica reviviría, á pesar de todos los signos contrarios de la época; y no falta quien reconozca aún en España, como en el prólogo de *Virginia*. Tamayo, que aquel sea «el más noble linaje de poemas dramática.»

Pues sí, de acuerdo con entrambos, pienso yo también que no ha de morir del todo la tragedia, ¿cómo he de pensar que del todo perezca nuestro sistema dramático nacional, acabándose para siempre los autores de buenos dramas cabalerescos? Cosas que llegan á nacer, y hasta tal punto se desarrollan con vida propia, nunca desaparecen totalmente del mundo de las letras, más inalterable, desde el descubrimiento de la imprenta, que la naturaleza. Pero; por regla general, tampoco hay que dudarle: los tiempos se oponen al género cabaleresco ahora, poco menos que al trágico, y lo que tiende á florecer es el drama psicológico, por excelencia, moderno.

En cambio, pocas ideas me parecen más extravagantes que las de los novelistas que pretenden que el teatro sea hoy una fórmula literaria, por insu ciente, inútil, y, á causa de eso, ya anticuada. Cándidamente afirman estos tales escritores, *naturalistas* por supuesto, que sus descripciones equivalen á las decoraciones, y que para hacerse cargo del lugar y tiempo en que pasa cualquier aventura, es más fácil y agradable leer una docena de páginas de Balzac, que contemplar aquello mismo á la simple vista, y con todos sus detalles realizado en la escena.

Piensen, por otra parte, que la fábula y la acción están demás donde quiera, y no se diga la intriga, que esa la desprecian por recurso vulgar; entendiendo que no necesita el público sino lo que ellos en sus volúmenes ofrecen, que es una sucesión de cuadros pintados por medio de palabras, ya en paisaje, ya en lo interior de las viviendas, donde aparecen personas de cualquier edad y sexo, con el único objeto de exponer por lo largo sistemas especiales de moral, de jurisprudencia, de política tal vez, y sobre todo de vida práctica.

Felizmente para la novela, no es ella incompatible con el teatro, pudiéndose ambas cosas gozar igualmente á sus horas. No tiene poca fortuna también en ser más barata mercancía, pues con lo que cuesta á una familia, aunque sea humilde, el teatro, sobra siempre para comprar un tomo que, corriendo de mano en mano, divierte á centenares de individuos de ambos sexos. Que si fuese dado mandar que las personas que pueden costear el teatro precisamente optasen entre ésta y las novelas, ¿cuántas serían las que se decidieran por ellas? Poquísimas. Bien que preste la escena menos campo al desarrollo de los caracteres y de los sucesos, posee, en cambio, una fuerza de concentración que domina, más rápida y mucho más profundamente el ánimo de los espectadores, que ningún libro. Inclínase el teatro á la *synthesis* por naturaleza, y al *analysis* la novela, más ¿por qué el segundo y la primera no han de conservarse á un tiempo, en la literatura, como en la lógica? Lo cierto es, que aunque sea siempre el análisis más positivo método, hasta que no sanciona la *synthesis* sus resultados, suelen éstos quedarse á la puerta del templo donde se rinde culto á todo lo eterno, incluso naturalmente lo bello; culto de que el genio de verdad nunca apostata.

Los maravillosos toques con que pinta Shakespeare un carácter en pocas palabras, ¿no son mucho más propio del drama que de la novela? Pues, por otra parte, aquellas admirables frases sintéticas nunca producirán leídas el efecto que oídas, si se declaman bien, que el que ahora producen á la lectura, nace en mucho grado de que nos imaginamos oirlas declamadas, sabiendo que están para eso escritas. La emoción de dramática es, en resumen, la más completa que pueden causar las artes, dándose no tan solo en el espíritu como la novela, sino en el espíritu y los sentidos, á lo cual se junta que en estos puede alcanzar hasta cierto punto la primera los peculiares efectos

de la escultura y la pintura, todo á un tiempo. Y para concluir: no creo yo que la novela desaparezca ya de las costumbres, aunque en manos de los naturalistas tienda á desertar de la verdadera literatura, como tampoco faltará ya el periódico de entre las gentes, porque tienen aquella y éste la curiosidad, que es gran fuerza humana, de su lado. Pero el drama, en sus distintas formas, vivirá tanto, en mi concepto, ya que no viva más, que su rival la novela. Que al fin y al cabo sin ella se han pasado los hombres por más tiempo, y en más épocas y naciones que sin teatro.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

## VENTA DE LOS MONTES PUBLICOS

Existe la errónea creencia por demás arraigada en nuestro país entre los agricultores, de que siendo los terrenos poblados de arbolado una de las causas generales que más contribuyen á la producción de las lluvias, el día que tenga lugar la roturación ó desecaje de los bosques sobrevendrá una sequía continuada entre nosotros. Así se explica la hostilidad con que ha sido acogido por los agricultores todos, el anuncio de la proyectada venta de los montes públicos por el Sr. Camacho.

Prescindiendo del aspecto financiero de tal proyecto, vamos á fijarnos y á tratar de evidenciar la falsedad del argumento con que es rechazado por la generalidad, sin que por esto se entienda que vamos á defenderle, pues considerándole altamente perjudicial bajo todos conceptos, habremos de combatirlo, si bien limitándonos á hacerlo bajo un sólo punto de vista y es precisamente el agrícola, coincidiendo en esto con los que tan justamente alarmados se encuentran hoy.

Precisa ante todo, conocer las causas por las que se producen las lluvias—¿Cuáles son?—El enfriamiento y la presión del vapor acuoso, de las cuales la primera es la más principal y la que tiene realmente importancia. Entre otras condiciones para que exista en la atmósfera el vapor acuoso y después se precipite por el enfriamiento bajo la forma de lluvia, es preciso que haya superficies evaporantes, que son los mares; (pues si los ríos, lagos, etcétera, también lo son, es en pequeña proporción) y superficies refrigerantes, que lo son, en general, todos los puntos elevados de la superficie terrestre, como sierras, montañas, etc. Pero se cree que son los árboles y no las elevaciones del terreno las que producen el fenómeno que tiene lugar cuando se enfrían las nubes, y no es así. El agua, al evaporarse, es impelida por los vientos hacia los continentes y lo mismo se encuentra en las altas regiones de la atmósfera, que en las inferiores, si bien la cantidad varía: el grado de saturación del aire, depende de su temperatura, y como cuanto más nos elevamos sobre la tierra, más va disminuyendo el calor, sucede que llegamos á ciertos puntos en que con una pequeña parte de vapor de agua, el aire se satura, se forman inmediatamente las nubes y después llueve.

Mas como acontece por regla general, que las nubes se forman á dos, tres y hasta cuatro y cinco mil metros de altura, preguntamos: ¿Qué influencia pueden tener los árboles en la formación de las nubes?

Es evidente que ninguna, máxime cuando la acción de los grandes bosques en el enfriamiento de las masas de aire, sólo alcanza á una zona de diez ó doce metros, según repetidas observaciones llevadas á cabo en las estaciones agronómicas, establecidas en Francia y Alemania.

Por otra parte, tenemos ejemplos bien prácticos que vienen á corroborar lo que en teoría está demostrado que es un absurdo. Es sabido que en los países meridionales, y sin ir más lejos, en nuestras provincias de Jaén y Córdoba, escasean y han escaseado siempre las lluvias, y sin embargo, es tal la cantidad de olivos plantados desde principios de siglo en estas regiones, que hoy día pueden considerarse como un olivar continuado.

Vemos, pues, en resumen, que como acontece generalmente que en las pendientes de las montañas la vegetación arbórea es más fecunda, se ha tomado el efecto por la causa y de eso proviene el pensar que llueve más en los bosques porque hay árboles, olvidando que es al contrario, porque hay árboles y árboles más frondosos porque llueve más por la causa explicada; y esto sucedería aunque las montañas estuviesen desprovistas de toda vegetación.

## II.

No nos resta que decir más que el por qué decimos que no es beneficioso, en modo alguno, bajo el punto de vista agrícola el proyecto que tan resuelto está á llevar á cabo el Sr. Camacho.

No podemos por menos de combatir y condenar con energía el desecaje ó roturación de los montes, porque contribuye: 1.º A disminuir las infiltraciones, y como consecuencia, á aumentar el caudal de agua de los ríos en épocas lluviosas y de aquí el que se produzcan frecuentes avenidas, tan perjudiciales para el cultivo. 2.º A disminuir el régimen de los ríos en tiempo seco, mientras que habiendo en las vertientes de las montañas árboles, son otros tantos obstáculos las hojas, los troncos, etcétera para impedir que el agua caiga y corra con velocidad y aglomerándose rápidamente, en un momento dado, sea causa de fuertes crecidas en los ríos. 3.º Por otro lado el perjuicio grandísimo que por su medio se causa, es tanto mayor cuanto que, donde se desarrollan sin inconveniente los árboles frutales, es en terrenos, por lo general, pobres y en donde además por su inclinación y temperatura es imposible se puedan cultivar cereales ni otras especies vegetales útiles.

Todo lo que tienda á fomentar la plantación de toda clase de vegetales y principalmente de plantas leñosas, en las vertientes inmediatas á los ríos, será digno de aplauso, porque con eso se evitarán, en parte, los inmensos perjuicios que ocasionan y han ocasionado recientemente en las feraces comarcas de Valencia y Murcia las inundaciones, y por el contrario, será digno de censura acerbada el que contribuya á hacer desaparecer esos hermosos bosques, encanto de cuantos los visitan, en donde previsora naturaleza los ha colocado, sin atender más que á realizar su plan financiero, que aunque así no parezca á primera vista, no es posible que pueda resolver la grave situación en que los conservadores han dejado colocada nuestra Hacienda.

A. JOSÉ GARCÍA MORENO.

## EL RETRATO

### BALADA

La tarde espiraba: un lago dormía sus lánguidas olas rizando, al besar el pie de la roca que se alza sombría, cual se alza en la dicha también un pesar.

Susurra la brisa con mágico halago de espuma inundada se inclina la flor; su rubia cabeza también hacia el lago inclina una niña que llora á su amor.

Tan sólo un retrato que guarda en su seno dejola el mancebo que amar la enseñó. que al pecho inocente á engaños agenos, le basta un recuerdo del ser que adoró.

Contempla el retrato, le acerca, le mueve, y, loca, extasiada, le quiere abrazar; pero ¡ah! que al abrirse sus brazos de nieve al lago la imagen dejó deslizar.

Con loco del río, el cuerpo adelanta sin ver que las olas rodean sus pies; ¿se pierde el retrato que tanto la encanta, qué amor, qué recuerdo le queda después?

Ya cubren las olas su pecho anhelante. ya llegan traidoras su cuello á ceñir; un grito se escucha sublime, triunfante, que ahogan las aguas su curso al seguir.

Si vuelvo á este valle, si miro este lago



que encierra una vida de fé y de candor,  
su imagen risueña murmura en lo vago:  
«¡Feliz el que muere, si muere de amor!»

LUIS FERNÁNDEZ VÍOR

## EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

### CAPÍTULO XII Y ÚLTIMO

Un apéndice.—El Dinero de San Pedro.—Abusos de los Pontífices.—Conclusión.

#### I

Hemos terminado la tarea que nos habíamos trazado recorrer al escribir esta obra, reseñando la historia y vicisitudes por que el poder temporal de los Papas ha pasado, desde su origen, hasta el Concilio Ecueménico. Verdaderamente debiéramos poner punto final con el capítulo anterior, pero adicionamos esta obra con el examen de una cuestión que va íntimamente unida al poder temporal, y que presta un poderoso contingente al sostenimiento del Papado, dándole los medios materiales de vida en el sostenimiento de sus necesidades económicas.

Esta cuestión es la que se conoce entre los católicos con el nombre de *El Dinero de San Pedro*, esta cuestión anual que se reúne en las aldeas y en las ciudades y que desde estos últimos tiempos viene siendo para los Papas de vida ó muerte.

Bajo el punto de vista histórico y económico hemos de conocer este asunto, que sirve ahora como materia de apéndice, para ilustrar al lector que recorra con algún interés las páginas de nuestra obra.

#### II

¿Qué significa esta institución? ¿Con qué fin se ha establecido? ¿Obedece á algún fin religioso? ¿Es alguna obra política? Veamos todo, ello que es y respondamos á todas estas preguntas.

Las instituciones más santas, los derechos más sagrados, las leyes más sabias, todo, todo ha sido falseado, todo se ha maleado por el poder clerical, por los hipócritas que, aparentando humildad y mansedumbre, predicando á la vez caridad y amor filial hacia la criatura, han oprimido al mundo, le han envuelto largos siglos en las tinieblas y le han sembrado el error, llevando por doquier la guerra, el mal y la desolación.

Mientras el cristianismo se vió perseguido por el cesarismo romano; mientras sus ministros se alimentaban de langostas del campo; mientras los mártires reinaban por sus sufrimientos y llevaban la fe al espíritu de los noveles católicos y convertían al pueblo á la Iglesia de Jesús, fué dechado de moralidad y de unción evangélica. Pero desgraciadamente llegó el día en que Constantino patrocinó á la Iglesia, y ésta cambió de suerte y la vencida fué desde aquel día vencedora, la sierva señora, engendrando el orgullo y la ambición en algunos de sus ministros, haciéndole admitir doctrinas totalmente contrarias á las predicadas por Cristo, doctrinas que ya habrían esparcido acaso sus discípulos en los pueblos de Judea.

¿Cómo se explica esto? Ya lo hemos dicho: el orgullo y la ambición de sus hombres le ha cegado hasta el punto que ya todos sabemos. En un principio, y hasta el siglo IX, el pontificado fué pobre, tanto, que las primeras comunidades religiosas ayunaron en más de un día, por que realmente les faltaba el pan. Y esto pasaba en Roma en los tiempos del obispo Siverio, á los primeros años del siglo VI, mientras que el pueblo, por otra parte, estaba en la mayor miseria y los obispos, que apenas si reunían de las limosnas lo preciso para sí y sus familiares, no podían socorrer las necesidades públicas.

Muchos príncipes cedieron propiedades á favor de los obispos y de los Papas, sin duda con dolidos de lo que pasaba en Roma, y el rey Yna,

que mandaba en Wessex, uno de los más ricos Estados de la Heptarquía sajona, en Inglaterra, creó en favor del papado una renta inmensa y que el tiempo hizo eterna, conservándola la Iglesia desde el siglo VIII, en que se creó, hasta nuestros días. (1)

Yna, sabio monarca que redactó el célebre código que más tarde sirvió de base al rey Alfredo el Grande, era muy dado al misticismo de su siglo, así fué que cansado de llevar por más tiempo el peso de la corona con que por largos años había ceñido su frente, desde 689 á 727, tomó el hábito de monje, quedando establecido en favor de la silla pontificia el impuesto conocido con el nombre de *Dinero de San Pedro*, y por el cual al Papa se le daban anualmente recursos suficientes para hacer limosnas y socorrer todas las necesidades del pueblo cristiano.

Por entonces, en 726, mandaba en la Iglesia el Papa Gregorio II, que á la verdad cuidaba bien poco del estado mísero por que pasaba la cristiandad y con especialidad Italia; y de las primeras cantidades que recibió del impuesto de Yna, restableció el Monasterio de Monte-Casino (destruido por los lombardos en 837), mientras la peste y el hambre que reinaba en Italia, era tal, que de las calles de Roma recogían á montones los cadáveres.

La conciencia, pues, de Gregorio II, era muy ancha, como suele decirse, y sus sentimientos tales que un gran historiador contemporáneo suyo dice de él: «que jamás hizo una limosna, ni dió agua, ni ropas, ni pan á los pobres.»

Con Papas como este, á quien los católicos llaman santo, el cristianismo era un comercio, y su poder el puesto desde donde se podían reunir mayores sumas con que saciar su desmedida ambición, aunque al decir verdad, no se conforma este Papa con amontonar solamente dinero, que sus deseos iban dirigidos á otras miras más altas: quería ser rey del pueblo romano, lo que le fué fácil, porque habiendo destronado los romanos á Basilio, último duque de Roma, San Gregorio II adquirió el gobierno temporal de este Ducado, protestando la falta de oficiales imperiales. Así tuvo fundamento el poder temporal de los Papas, al cual Gregorio II daba hipócritamente el nombre de *intervención política*, por el de *autoridad suprema*, como nosotros le llamaríamos.

¿Pero la institución del rey Yna ha sido fielmente cumplida por los Papas sucesores de Gregorio II? *El Dinero de San Pedro*, ha sido repartido entre los pobres, como impuso Yna?

#### III

Si exceptuamos á Nicolás I, á Hildebrando, con algún otro Pontífice, de los que desde 672 se han sucedido hasta hoy en la silla que suponen ocupó el apóstol Pedro, muy pocos han observado, con la religiosidad que les imponía su misión, la voluntad del príncipe Yna, al instituir el impuesto llamado de San Pedro.

Gregorio VII aumentó con él sus tesoros.

Juan XII sostenía á sus favoritos con ese dinero y hace la guerra á Berenguer II.

Urbano lo gastó en opulencia y oropel para su suntuoso palacio.

Pascual II en formar un patrimonio para su sobrino.

(1) Un escritor neo-católico dice sobre esto lo siguiente:

«Entre los tributos que de tan buen grado ofrecían, hay uno que merece especial remembranza: el conocido en todo el orbe con el nombre de *Dinero de San Pedro*, establecido el año 725 de vuelta de un viaje á Roma, por Yna, rey de Wessex, uno de los reinos de la Heptarquía sajona, ó sea de las siete monarquías en que antiguamente se dividía la Gran Bretaña.

«Consistía este piadoso tributo en una contribución anual de cada familia, no habiendo faltado nunca aquella sino en los últimos días de Enrique VIII cuando se encontraba en Inglaterra el célebre presbítero italiano Polidoro Virgilio, que había sido deputado por el papa Alejandro VI para la recaudación, y que había merecido la confianza de Enrique VII y del mismo Enrique VIII hasta ser promovido al archidiaconato de Wells.

«La inocente reina María restableció la contribución que se debía á la Santa Sede; más la impúdica y feroz Isabel la suprimió de nuevo.

«Día llegará en que el mundo la vea otra vez en pie.»

Inocencio III los guardó en las arcas de su palacio.

León III en unirlos á sus ahorros.

Pío IV lo gastaba adquiriendo fincas para su querida, en cuyos brazos murió de excesos de amor.

Inocencio IV en la guerra contra Manfredo.

Gregorio XI lo repartió entre las bandas de Haw-Kwood para que los bandoleros fuesen á robar y quemar á Roma.

Paulo III en adornar las naves del templo donde celebró el Concilio de Trento.

Clemente VI en comprar la ciudad de Aviñon con que aumentó sus Estados.

Pío VI en la guerra contra Napoleón.

Pío IX, el infalible, en la guerra contra los piemonteses.

Merece ser conocido el empleo que se ha dado por este Papa á la suma de 1.637.000 francos, más de seis millones de reales, recaudados hace años para *el Dinero de San Pedro*, por el llamado *Comité del Dinero de idem*. De una relación oficial fechada el 25 de Setiembre de 1886, resulta que dichos fondos se han invertido en la forma siguiente:

25.000 francos para socorrer á los heridas de la última campaña.

10.000 en reparar los desperfectos ocasionados por la explosión del cuartel de Serristori.

28.000 en la adquisición de cinturones y uniformes para los zuavos.

1.000 en alquiler y cercas de un polígono de tres kilómetros de extensión, necesaria para ejercicios de artillería con piezas de doble alcance.

3.500 en instrumentos de precisión para la artillería.

90.000 en diversos efectos para los cuarteles.

6.000 en nueve piezas rayadas de montaña, sumamente útiles para sostener la infantería en los terrenos accidentados.

50.000 en adquirir mil revolvers y cartuchos para los mismos.

40.000 en material de ambulancia.

500.000 para los trabajos de defensa en Roma.

Tal fué la distribución que del *Dinero de San Pedro* recaudado en 1866, hizo el Papa Pío IX, el que mandara al general Lamoriciere á la batalla de Castelfidardo, y sostuvo el poder temporal mediante la batalla de Mentana, en que según declaración propia, «el fusil Chassepot hizo maravillas, y la artillería, de largo alcance, prodigios (!!).»

El año de 1868 subió lo recaudado para el *Dinero de San Pedro* á 2.101.470 francos, y se gastó una mitad en el sostenimiento de los zuavos pontificios, y la otra mitad en el decorado interior de los salones en que se había de celebrar el Concilio Ecueménico, habiendo una suma en la partida que sube á 500.000 reales para la alfombra del altar mayor, y otra de 400.000 para la lámpara.

El cuadro que ofrece el ascenso y descenso de las cantidades remitidas á los Papas, por los *Comités del Dinero de San Pedro*, es el siguiente:

	Francos
En el siglo VIII, el quinquenio que más se recaudó fué.....	1.116.000
En el siglo IX.....	1.168.000
En el siglo X.....	1.180.000
En el siglo XI.....	1.299.600
En el siglo XII.....	446.020
En el siglo XIII.....	4.270.000
En el siglo XIV.....	8.990.600
En el siglo XV.....	14.946.000
En el siglo XVI.....	16.000.000
En el siglo XVII.....	17.000.000
En el siglo XVIII.....	22.101.000
En el siglo XIX (hasta 1877).....	19.000.000

Suponen muchos que no son exactos estos datos, y que el año que menos se ha recaudado en el Vaticano, á partir del siglo XV, por concepto del *Dinero de San Pedro*, no bajará de 4.000.000 de francos. Y el ejemplo que nos presenta el año actual, parece como que quiere



confirmar la opinión anterior, porque se sabe que en este año la Francia ha contribuido con 1.100.000 francos, Inglaterra con 750.000, Austria con 700.000, Italia con 600.000, Bélgica con 300.000, con 150.000 Alemania, Holanda con 600.000 y con 300.000 Suiza. Las ofrendas de España se acercan á un millón de reales, aunque no tenemos datos exactos todavía sobre nuestro país, ni sobre Portugal, Polonia ni otras naciones.

Pueden, pues, explicarse las sumas que dejamos apuntadas más arriba, y el lector podrá así formar idea de las cuantiosas sumas que los católicos han enviado á Roma, desde que se fundó la institución del *Dinero de San Pedro*.

Como de estas sumas casi todos los Papas han distraído gruesas cantidades para las guerras, á imitación de Juan XII, Inocencio IV, Gregorio XI y Pío IX, el infalible, ó en apuntalar tesoros como lo hicieron Gregorio VII, Pascual II, Inocencio III y León III, ó en crápulas y lujo como Juan XI, Pío IV y Paulo III, el papado ha encontrado un recurso poderosísimo para gastar á su capricho del *Dinero de San Pedro*, institución piadosa, humanitaria y hasta filantrópica, que encomendó á la conciencia de los Papas el sabio príncipe de Wessex, con el sólo propósito de socorrer á los menesterosos.

Algún respeto nos merecen las memorias de Papas virtuosos y honrados, que muchos hubo con estas condiciones; pero, aún así y todo, no hemos de confundir nunca nuestra incondicional sumisión á sus mandatos, con doctrinas y enseñanzas que más tienen de mundanas que de divinas.

«El primero entre los últimos por su humildad, caridad y pobreza», ha dicho Jesucristo, y esto debe ser el Papa. Y no podemos armonizar este precepto divino con las suscripciones, que con el nombre del *Dinero de San Pedro*, son ríos de oro que van á desaguar en el Vaticano. San Pedro no quiso nunca esas colectas piadosas. Recuerden los amigos del papado cuando, solicitado por un pobre para que le diera una limosna, respondió el venerable Apóstol: «Ni una dragma tengo con que socorrer tu necesidad.»

Si el Papa conociera la miseria del país, estamos seguros que, á ser bueno, como Jesucristo respondió á las piadosas mujeres que le acompañaban en la senda del Calvario, así él contestaría á los que solicitan suscripciones á su nombre, diciéndoles: «No llores por mí; llorad por la desgracia de vuestros esposos y de vuestros hijos.» Antes que solicitar dinero para adquirir templos suntuosos y vestiduras, hay que remediar la miseria del país y la general pobreza en que vive. No se diga de la Iglesia lo que decía aquel Santo Padre en otros tiempos, de tristes memorias: «Brilla la Iglesia en sus paredes, y para los pobres se halla completamente oscurecida; viste con oro sus piedras, y entrega sus hijos á la desnudez.»

Por lo demás, no ha de ganarnos, seguramente, el bando neo-católico en prodigar elogios á los Papas que han cumplido con su misión evangélica, que muchas veces hemos dado muestra de rectitud para juzgar á los hombres. Pero esta misma imparcialidad, que todos reconocen en nosotros, nos hace declarar que el *Dinero de San Pedro* no se emplea para los fines que fué creada esta institución.

¿Qué responderán ante el tribunal de Dios esos Papas, cuando les pregunten por la inversión que han dado á este dinero?»

## IV

Pero está visto que no es la conciencia lo que más mortifica á los Papas, sino el dinero, por el que trabajan y sacrifican sus mejores obras. Ante el ejemplo que dan los Papas, el clero no puede responder de otro modo que lo hace en todas partes, lo mismo el heterodoxo que el ortodoxo, pues uno y otro, como hemos tenido lugar de conocer por cuanto dejamos ex-

puesto en este libro, más atienden á las necesidades del cuerpo que á las del espíritu, y más á las propias que á la cura de las almas que les está encomendada, en virtud de sus votos en el sacerdocio.

Las rentas y fortunas que reunieron multitud de prelados heterodoxos, citados por nosotros, no dice que los cismáticos de Oriente sean pobres.

Con dificultad hay nadie que se imagine las inmensas riquezas que los conventos ortodoxos de Oriente atesoran. Además de las grandes propiedades que poseen en Grecia, Bulgaria y Macedonia, tienen también considerables bienes en Besarabia, en el Cáucaso y en Moscov, y en otras regiones de Rusia.

Solamente en Besarabia poseen 147 pueblos y 264.320 declatinas de tierra, de las cuales 37.546 son de bosques y viñedos. Según opinión de personas que han intervenido en la administración de estos bienes, hasta 1860, producían anualmente 560.000 rublos.

Su origen procede en parte de donaciones hechas por los hospodar (antiguos soberanos) de los principados danubianos. Mas tarde, estos bienes, situados en Rusia, adquirieron un gran valor, sobre todo, desde que fueron cedidos al Estado, que paga actualmente una renta á los conventos.

Los monjes del monte Athon son los que poseen en la Besarabia rusa dominios menos vastos; pero estos sólo constituyen la décima parte de las rentas del monasterio. Además de varias tierras y casas en el Cáucaso, poseen grandes propiedades en Turquía, en Macedonia y Bulgaria rentan más de 200.000 rublos por año, mientras que las de Rusia sólo ascienden á 40.000 rublos.

Todas estas rentas sirven para la vida de 180 monjes, que constan oficialmente en el convento, pero que sólo tiene 60.

Véase, pues, cómo son iguales los sacerdotes cristianos de ambas iglesias, y cómo en todas partes el ejemplo de los más altos cunde entre los inferiores.

Los frailes, en sus mejores tiempos, tenían un refrán que enseñaba esta verdad en muy pocas frases. Ellos decían: «Cuando el guardián juega á los dados, ¿qué harán los donados?» Esto es, cuando los Papas, los cardenales y los obispos atesoran sumas fabulosas para comodidades del cuerpo, ¿qué harán los miserables sacerdotes?

Ponemos aquí fin á nuestro libro, no antes sin decir al lector que nuestro móvil al escribirlo no fué otro que el de fomentar la descatalogación en España, obra que reconocemos como necesaria, si aspiramos á redimir nuestra patria del fanatismo y de la superstición.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ

## PERFILES LITERARIOS

### NUÑEZ DE ARCE

Privilegio de los grandes poetas es suscitar en la república literaria apasionadas contiendas, no menos encarnizadas y violentas que las que se suscitan en el campo de la política, si quiera sean, por lo general, más nobles en su fin y más féculdas en sus resultados.

No es la medianía la que tales combates provoca; que sólo es dado al genio, con su aparente desorden, con su originalidad extraordinaria, con sus atrevidos vuelos, romper las reglas tradicionales, quebrantando los viejos moldes, deslumbrando con sus rojos esplendores, excitar en los unos la explosión del más incondicional entusiasmo, y en los otros la de la más desapiadada crítica.

Por eso la aparición de cada una de sus obras es un verdadero acontecimiento, y en ocasiones, una verdadera revolución; por eso la publicación de un poema de Núñez de Arce, uno de los contados genios poéticos que existen en España, resto de una generación de gigan-

tes viviente aún en medio de una raza de pigmeos, es un suceso extraordinario que no puede pasar desapercibido á los ojos de los amantes de la verdadera poesía.

La reputación de que goza el ilustre poeta, cuyo perfil vamos á trazar, nos excusa el trabajo de hacer la enumeración minuciosa de sus merecimientos literarios.

¿Quién no conoce al autor de *Gritos del combate*, *La última lamentación de Lord Byron*, *El Idilio*, *El vértigo*, *La selva oscura*, *La visión de Fray Martín*, *La pesca y Maruja*?

Grande es la representación que tiene Núñez de Arce en la lírica contemporánea.

No es su poesía el torrente impetuoso en que rodaba Espronceda, ni la cascada en que cantó Zorrilla, ni los tranquilos lagos en que Arolas tenía sueños orientales y Becquer contaba á las gentes su dolor tan sentido y tan humano; es más bien la pirámide alzada en medio del desierto, destacando sobre el horizonte su masa regular y perfecta, encerrada en las líneas severas de sus aristas y formada por bloques de granito que ajustan exactamente los unos á los otros como cortados con precisión matemática.

Otros poetas aventajan á Núñez de Arce en inspiración, en fantasía; nadie le iguala en el empleo del habla castellana, que adquiere en sus labios mayor valor y cobra nuevo realce, porque cada palabra expresa lo que debe expresarse.

En sus estrofas, que parecen talladas en la piedra, nada sobra, nada viene forzado, todo parece natural; un verso arrastra á otro sin esfuerzo, sin que se vea el trabajo del poeta.

Para Núñez de Arce el ripio no existe.

En su huerto no se alzan esas flores mal sanas.

Sus construcciones severas, grandiosas, no ofrecen la más pequeña irregularidad.

Núñez de Arce es el artista de la forma irreprochable, en quien todo se acompasa, la rima, el metro, á la naturaleza del asunto. Describe, y el paisaje aparece vigorosamente delineado ante la vista del lector ó del que escucha. Y todo lleva su sello: todo es grande, armónico, proporcionado.

Su colección de poesías líricas titulada *Gritos del combate*, que despertó á su aparición vivísima curiosidad en la opinión y desusado interés en los círculos literarios, puso el sello á la reputación de Núñez de Arce.

En esta selecta colección de poesías resplandecen las brillantes cualidades del poeta. Su honda y grandilocuente concisión, que penetra en el ánimo del lector como el filo de una espada; las galas de su fantasía, que encuentran colores en su paleta para pintar los sentimientos más recónditos y reflejar las ideas más abstractas; su conocimiento del corazón humano y de las tendencias sociales de nuestra época; su entonación varonil y vibrante, que recuerda á menudo la del inmortal Quintana, y su estilo animado y castizo, le colocaron de un golpe, por decirlo así, entre los más distinguidos cultivadores de la poesía lírica en nuestra patria.

La aparición de su bellísima colección de poesías, precedida de un prólogo donde el poeta fijaba sus teorías sobre la misión del arte en los tiempos actuales, prólogo que sirve aún hoy de canon literario á una gran parte de la estudiosa juventud que con generoso ardimiento se dedica al culto de la poesía, dió origen á calorosas polémicas en la prensa tanto de España como del extranjero, y fué tema de conferencias en el *Ateneo científico y literario de Madrid*. Las doctrinas de Núñez de Arce y sus tendencias filosóficas tuvieron decididos defensores é impugnadores no menos resueltos; pero todos convinieron en un punto: en celebrar la poderosa inspiración del poeta.

Si no hubiera escrito Núñez de Arce otras obras que sus *Gritos del combate*, tendría bastante para ser la figura más grande de nuestra lírica contemporánea.

Su nombre figuraría por esto sólo unido á los nombres más gloriosos que ilustran el siglo presente.

Pero cada uno de los poemas que ha publicado después de los *Gritos del combate* es



un monumento de gloria para él y para la patria que tiene la honra de llamarle hijo suyo.

Entre sus poemas hay dos que apenas se concibe haya podido realizarlos quien se llame mortal, están escritos por una inteligencia tan altísima, tan profundamente elevada, que más parecen revelaciones de un mundo superior.

Estos dos poemas son *El Idilio* y *La visión de Fray Martín*.

No discuto con la crítica, digo mi opinión, porque es deber de aquel que siente la belleza de un arte manifestar lo que su pensamiento le sugiere, para mejor estímulo de los artífices y mayor ilustración de los indiferentes.

Acaso algún crítico encuentre algo que decir en contra de estos dos poemas; particularmente sobre el titulado *La visión de Fray Martín*. ¡Pobres defectos aquellos que necesitan buscarse con la potencia microscópica para hacerlos notar de la mayorial... Aunque existen las manchas de sol, ni le quitan su fuego ni su luz.

Dejando *El Idilio*, grande é inmenso destello de una inspiración tierna y delicada, de una imaginación verdaderamente poética; dejando ese hermosísimo cuadro que puede competir con lo más selecto que este siglo puede ofrecer en poesía a los futuros, en el cual la amistad cándida y pura de un niño y una niña que crecen bajo un mismo techo, transformada por virtud de la edad y de cierta separación en amor tierno y apasionado; el término fatal que la muerte viene a dar a este naciente amor, olvidando, si es posible olvidar, aquella obra gigante, síntesis de la lucha de los afectos puros y sencillos que nacen en el corazón del niño y se agigantan y toman desusado vuelo cuando éste llega a hombre, en la cual se visten con las galas más floridas y brillantes de nuestro idioma, las más sencillas escenas de la vida; dejando de hablar de *El Idilio*, cosa precisa cuando se trata de trazar un perfil de Núñez de Arce, reudiré tributo de admiración noble y sincera al que supo esculpir con la palabra, aquella partida del estudiante novel a la ciudad, aquel caballo overo que aguardaba a la puerta, aquella tierna despedida de la madre, la reprimida, aunque no menos del padre, y la triste y cancherosa de la huérfana que ha sido su compañera; al artista insigne que supo pintar con pincel de fuego la gozosa vuelta del estudiante, sus inocentes recreos, aquel carro del vecino en que tornaba a su casa por la tarde, aquella esquivez incomprendible para él de su compañera de la infancia, aquella tarde en que a solas con sus pensamientos trepa al castillo derruido, y la magnífica descripción de los campos de Castilla, la tempestad que le sorprende en aquel sitio y su fatal caída, aquel rostro angelical que el estudiante ve siempre cerca de su lecho, y que apenas se pone bueno desaparece, aquella delicada y naturalísima declaración de amor, las nobles promesas de la madre, la nueva partida, la nueva vuelta... en fin, todo aquel hermoso cuadro que encanta y hace sentir el que lo saborea hasta un grado indecible.

Así como *El Idilio* demuestra que Núñez de Arce posee el mágico secreto de la verdad del sentimiento, en *La visión de Fray Martín* se descubre un espíritu analítico de una intensidad poderosa; este poema es un curso de anatomía del alma; ningún repliegue de ese ente singular que se agita en la inteligencia y el corazón del hombre que duda ha quedado oculto ante el escarpelo maravilloso del poeta ilustre, que, con mano segura, ha penetrado hasta lo inconcebible en esos abismos inexplorados del ser moral.

Acaso *La visión de Fray Martín* no lleve a las imaginaciones débiles todo el entretenimiento y solaz que desearan, pero deja que se señoree del pensamiento el fantasma de la duda, al contemplar aquel horrible cuadro en que se entabla la formidable lucha entre un fraile endeble y flaco, y la duda seductora é irresistible. Creciendo el cúmulo de ideas, que inspira *La visión de Fray Martín*, se penetra en una esfera de abstracciones especulativas que engrandecen el entendimiento, refrigeran el corazón con las dulces promesas de una perfec-

ción absoluta, y modifican suavemente los alardes impetuosos de las pasiones.

Todo en el poema de Núñez de Arce es artístico marco de esa creación profundamente humana, admirablemente sentida y magistralmente presentada que se compendia en el protagonista. Acaso hay algo que palidece ante el conjunto asombroso del héroe del poema, pero él sólo basta a llevarse la atención de los observadores; nada hay en él que descubra la rutina, la opinión parcial, ó el sistema.... no. *La visión de Fray Martín* es, ya lo he dicho, un curso anatómico del alma detallada y galanamente escrito, presentado con toda su horrible desnudez.

A la hora de maitines, en una triste y destemplada noche de invierno, Fray Martín, con reposado andar, el cuerpo envuelto en tosco sayal y la cabeza inclinada sobre el pecho como si el peso de las ideas le rindiera, dirige al coro del viejo convento en que vive consagrado al estudio. Sentado en la tallada sillera oye el sonar del órgano y el murmullo del rezo; su imaginación calenturienta finge poblado de fantásticos seres, el silencioso templo, y una visión se le acerca. Es la duda. Viene a alterar la paz del religioso, y éste, acometido de mortal desmayo, cae en tierra.

En su sueño agitado é inquieto, su alma se desprende del cuerpo, y acompañada de la visión, lánzase en vertiginosa carrera por los espacios. No ve cómo Dante, acompañado por Virgilio, después de haber atravesado el Aqueronte, la maldita región, ni cómo cuando Beatriz le guía, aquel río de luz que corre entre dos orillas esmaltadas de flores; ve Roma con su arte pagano, su ciencia incrédula ó rebelde, sus estatuas desnudas y sus cuadros de ignominia.

Cuando Lutero se ve libre de la mortal congoja, los monjes le rodean: al oírle decir que nace a la vida y que el hábito le avergüenza, tiénelo por loco y le anatematizan.

Tal es el argumento de este admirable poema.

El docto y sabio catedrático de Literatura en la Universidad Central, Sr. Menéndez Pelayo, ha escrito unas cuantas frases respecto de la forma en que está escrito el poema de que tratamos; frases que merecen ocupar muy distinguido lugar en este perfil.

«Y, finalmente,—dice el Sr. Menéndez Pelayo,—en *La visión de Fray Martín*, Núñez de Arce, a quien su bien sentada reputación autorizaba ya para romper con vulgarísimas preocupaciones, que sólo prueban lo ínfimo del nivel de la cultura entre nuestra plebe literaria, se ha atrevido, por primera vez en su vida, a emplear el más noble y difícil de todos los metros, aquel en el cual están escritas muchas de las obras más insignes de la poesía de nuestra edad, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, el generoso verso suelto; y le ha manejado con habilidad rarísima entre nosotros, penetrando la ley de sus cortes, pausas, rodar de sílabas, acentuación y encabalgamientos».

En el poema *La selva oscura* demostró Núñez de Arce que es el poeta de más inspiración, grandeza y brio que tenemos. Los tercetos en que está escrito son dignos del Dante.

En *La última lamentación de Lord Byron* todo es grande, todo es acabado y perfecto. El flexible genio del poeta recorre en ella todos los tonos, desde el tierno idilio y la sentida elegía, hasta el himno de guerra y la ardiente imprecación política.

*El Vértigo*, es una producción de mérito excepcional, una concepción fantástica y original, sombría como el sueño de un poeta del Norte, pero trazada con el calor y el brio de un poeta del Mediodía. Escrito en décimas incomparables, tales que acaso no haya otras en castellano que con ellas puedan competir.

*La Pesca*, á semejanza de *El Idilio*, es una página arrancada a la naturaleza y al sentimiento. La historia que en este poema cuenta Núñez de Arce es muy sencilla. Como fondo, el mar sin límites, actores, un pescador y su esposa que va á ser madre: viven felices, pero la fatalidad viene á destruir su dicha, y la fatalidad es la galerna, la galerna furiosa que

aparece en el horizonte, riza la superficie de las olas, encrespa las aguas y acaba por tragarse en sus abismos la barca pescadora y todos sus tripulantes.

Hay en *La Pesca* pinceladas terribles, como la descripción de la catástrofe; cuadros de inmensa ternura como el episodio del pescador, que, aunque acaba de ver morir á su hija, va á pescar, porque quiere tener dinero para ataviarla antes que la entierren y el momento en que el cura, arrodillado sobre una roca que domina el mar, absuelve y da su bendición á los que mueren.

*Maruja* se titula la última joya que Núñez de Arce ha engarzado á su corona de poeta. *Maruja* es el poema que á nuestro juicio, ha sentido Núñez de Arce con la misma intensidad que *El Idilio*, es delicado en su idea, en su forma y hasta en el motivo que lo produjo. Indudablemente fué, no pensado, sino sentido en los terribles momentos de los terremotos.

Una pareja dichosísima que ha pasado largos años de matrimonio como sino hubieran durado más que el tiempo cortísimo de un abrazo, tiene una reyerta delicada, producida por la duda que asalta al esposo al notar cierta tristeza en su compañera, en ocasión de encontrarse juntos orando en una ermita, donde habían buscado refugio ante la tempestad.

La esposa, casi indignada de la duda, pide un plazo de veinticuatro horas para dar cumplida respuesta, plazo que ha de ser el merecido castigo de la ofensiva pregunta; pero el plazo no se cumple porque una niña de ocho años, *Maruja*, que ha hurtado flores en un huerto, se presenta traída por un guarda, y es adoptada como hija por el feliz matrimonio. La niña es huérfana á consecuencia del terremoto: lo que la feliz esposa pedía en la ermita era un hijo. *Maruja* es el don pedido á la Virgen y que ésta concede y envía á los esposos.

La forma en que está escrito este poema es irreprochable. La referencia al terremoto es bellísima.

Cuenta además Núñez de Arce entre sus poesías líricas dos de subido precio: la *Elegía á la muerte de Herculano*, y otra que sólo conocemos por fragmentos titulada *Hernán el Lobo*.

Aunque no á la misma altura que como poeta lírico, también ha recogido laureles como autor dramático el Sr. Núñez de Arce.

Escritor ingenioso y profundo en el pensamiento, al par que elegante en la forma, distingue por una ilustración nada común, un gran conocimiento de los efectos escénicos, y suma naturalidad en proponer y desarrollar las fábulas. Imaginación fecunda y que tiene sus lunares en su misma riqueza, ha dado al teatro en poco tiempo bastantes obras, casi todas recibidas con entusiasmo.

Primero acreditó su gracia y ligereza en algunas bien entendidas comedias, entre las que pueden citarse los juguetes en un acto, *¿Quién es el autor? ¿Cómo se empeña un marido!* y *La cuenta del zapatero*, y las dos en tres actos, *Ni tanto, ni tan poco* y *Quien debe paga*.

Después pasó á dar más alto empleo á su pluma en obras de gran sentimiento y elevación, tales como *Deudas de la honra*, *Justicia providencial*, *El haz de leña*, *Entre el alcalde y el rey*, *Herir en la sombra*, *El laurel de la Zubia* y *La jota aragonesa*, estas tres últimas escritas en colaboración con el malogrado poeta extremeño D. Antonio Hurtado.

El drama que más gloria ha dado á Núñez de Arce es el drama histórico *El haz de leña*. Su asunto no es otro que la prisión y muerte del príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II.

*El haz de leña* es un drama de alto mérito literario. Su asunto y su forma son castizos, y sobre este fondo verdaderamente castellano se mueven las figuras, que están magistralmente dibujadas.

A más de poeta lírico y autor dramático, Núñez de Arce es también prosista admirable y orador elocuente.

En el primer concepto ha hecho poco hasta



el presente; después de haber escrito en los periódicos *El Observador*, *La Iberia* y *El Contribuyente*, haber escrito en Noviembre de 1868 el *Manifiesto á la Nación* por orden del gobierno provisional, explicando las causas que habían motivado el alzamiento y detallando el programa de la nueva política gubernamental, escribió algunos cuentos y novelas de gran mérito.

Núñez de Arce graba en la prosa como en el verso.

Sus artículos políticos son hoy estudiados por los jóvenes que siguen la áspera senda del periodismo como modelos en el arte de escribir y pensar.

El discurso de recepción en la Academia Española es otra de las obras en que Núñez de Arce puso de relieve la incomparable magia de su estilo.

La belleza de la forma, tan rica, castiza, galana y robusta como todas las producciones de este autor, hacen de su discurso de recepción una obra maestra.

En resumen: en las cortas páginas que lleva escritas en prosa, se distinguen casi todas las cualidades que distinguen á los grandes prosadores; flexibilidad, número, concisión, elegancia, naturalidad, energía.

En el segundo concepto, es decir, en el de orador, ha demostrado el Sr. Núñez de Arce que posee en grado sumo la energía y apasionado acento de los grandes tribunos.

En los primeros años de su vida parlamentaria habló varias veces en cuestiones de escasa importancia; pero en las Cortes de 1876 defendió elocuentemente el sufragio universal, cuando los debates de la Constitución, y no porque estuviera enamorado de tal sistema, según dijo, sino porque creía que era peligroso arrancar á clases enteras los derechos políticos que habían legítimamente adquirido por el progreso de las ideas y el trascurso del tiempo.

También defendió en aquellas Cortes la libertad de imprenta, interpelando al gobierno acerca de la violencia con que se aplicaba el decreto á que en aquella época estaba sometida la prensa.

Indudablemente, todos los que hayan leído este perfil, creerán que Núñez de Arce es un hombre de cuerpo enérgico y robusto, de formas atléticas cual las del gladiador clásico, airado rostro y expresión sombría. Nada de eso. Núñez de Arce es un hombre de corta estatura y recto de talle, incapaz de matar una mosca. Sobre su rostro nervioso, sensible, expresivo, de nobles líneas rectas y en que campean sus pupilas luminosas, no ha puesto su marca la vanidad. Núñez de Arce es un hombre que parece que no tiene nada de que envanecerse. Jamás espíritu tan grande ha vivido encerrado en tan modesto como pequeño alcázar.

Tal es el perfil del primer poeta lírico de nuestra edad, del Sr. Núñez de Arce, hijo legítimo del siglo en que vivimos, que refleja en sus obras con vivos y enérgicos colores lo pequeño y lo grande de esta época extraordinaria.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

## LA INTEGRIDAD DE LA PATRIA

### I

España, la patria mia,  
Invencible cual su tropa,  
La que dió leyes á Europa  
Con su brava infantería.  
En Cerinola, Pavia,  
Crescy, Mulberg y Lepanto  
Puso al continente espanto,  
Y tanto se dilataba  
Su imperio, que se embozaba  
El orbe en su augusto manto.

### II

Nación grande y poderosa,  
Defendida por leones,

Plantó un día sus pendones  
En el Africa ardorosa.  
Con pujanza vigorosa  
Surcó los mares de Oriente  
Y en el ignoto Occidente,  
Al calor de sa bandera,  
Para ensanchar á la esfera,  
Brotó un nuevo continente.

### III

Cual gaviotas voladoras  
De las columnas de Alcides,  
Partían á cruentas lides  
Sus escuadras triunfadoras.  
Del pequeño protectoras  
Y de los piratas freno,  
El mar, azul y sereno,  
Para premiar su justicia,  
Con amorosa caricia  
Las arrullaba en su seno.

### IV

Nunca la baja traición  
Empañar sus triunfos pudo  
Que era limpio, cual su escudo,  
Su immaculado perdón.  
En aras de la ambición  
No quiso manchar su historia,  
Y es tan pura su memoria  
Que aun hoy, en sus rudos duelos,  
Tiene el universo celos  
de su gigantesca gloria.

### V

Matrona predestinada  
Por un misterioso lazo,  
A dormir en su regazo  
A la esfera dilatada.  
Del grave peso cansada  
La frente inclinó rendida,  
Y entonces ¡ay! desprendida  
De sus colosales hombros,  
Rodó la tierra en escombros  
A dar á otros reinos vida.

### VI

No fueron, no, sus rivales  
Los que la hicieron caer;  
Ella los supo vencer  
En cien luchas inmortales.  
Causa fueron de sus males  
Sus monárquicos empeños,  
Pues desconoció eran sueños  
Y error por demas profundo,  
Querer sujetar al mundo  
Para reyes tan pequeños.

### VII

Cuando la vieron en tierra  
Cual vieja leona herida,  
Triste, exánime y rendida,  
Quisieron moverla guerra.  
Mas su mirada, que aterra,  
No pudieron soportar,  
La vino un día á insultar  
El Gran Corso, en su martirio,  
Y castigó su delirio  
Sepultándole en el mar.

### VIII

Y hoy, que en largas desventuras,  
Entre mil llantos prolijos  
Sume el cólera á sus hijos  
De la muerte en las negruras;  
Por doblar sus amarguras,  
Una turba de germanos,  
Tendiendo las torpes manos,  
Cual miserables bandidos  
Quiere apropiarse los nidos  
Que el mar dió á los castellanos.

### IX

¡Alemanes, dije! Miento.  
Piratas, piratas son  
Los que sin ley ni razón  
Realizaron el intento.  
Si á Prusia da valimiento  
Esa villana sorpresa;  
No se jacte de la empresa,  
Pues ya mi patria se lanza  
En alas de la venganza  
A recuperar la presa.

### X

Como evocadas ondinas  
Por el genio de los mares,  
Saturadas de azahares,  
Se alzaron las *Carolinas*;  
Breves isletas divinas  
Que á España lególe el cielo  
Cuando en magestuoso vuelo.  
Con empuje soberano,  
Cruzó el inmenso Occéano  
Para dilatar su suelo.

### XI

De nuestro imperio retazos  
En las aguas sumergidos,  
Hacia ellos los foragidos  
Tienden con placer los brazos.  
No saben que son pedazos  
De nuestras propias entrañas,  
Y antes que dejar á extrañas  
Gentes que opriman su tierra,  
Hará el fragor de la guerra  
Extremecer las montañas.

### XII

Guerra, con el rostro fiero  
Enarbolando el fusil,  
Clamará el pueblo viril  
Como ninguno altanero.  
Y retará al mundo entero  
Si ofenden su patrio honor,  
Que en su indomable valor  
Y desmedida fiereza,  
Rinde al tajo la cabeza  
Por España, que es su amor.

### XIII

Nunca cuenta del contrario  
Las espantables legiones,  
Ni teme de sus cañones  
El poder extraordinario.  
En su arrojo temerario  
No quiere el riesgo medir,  
Y se lanza á combatir  
Luchando hasta perecer;  
Cuando no logra vencer  
Cifra su gloria en morir.

### XIV

Si Alemania confiada  
En sus huestes aguerridas  
Viene á herir en sus guardias  
A esta tierra no domada;  
Bien pronto verá espantada  
A los fieros castellanos,  
Sin temor á sus hulanos,  
Hasta en la hora de caer,  
Defenderse y ofender  
Con la navaja en las manos.

### XV

Si con buques acerados  
Nos presentan la batalla,  
Pondrán á su orgullo raya  
Nuestros navíos blindados.  
De marinos esforzados  
Ha sido España plantel.  
¿Quién en Lepanto al infiel  
Turco, arrancó de la frente  
La corona refulgente  
Que ceñía de laurel?

### XVI

Y aunque sea temeridad  
Al combate hemos de ir;  
Es muy hermoso morir  
Por la patria integridad.  
La española dignidad  
No acepta humillación;  
Que no quiere esta nación  
Tropas, barcos, ni poder;  
Lo que la importa es tener  
Bien puesto su pabellón.

LUIS MORENO TORRADO

## LAS BODAS DEL PUEBLO

No hay duda, el progreso y la civilización hacen estragos en las antiguas costumbres. Varian constantemente el estado de las cosas. Pero es preciso convenir en que no siempre aquellos elementos de conquista pueden



modificar añejas preocupaciones inveteradas sistemas y arraigados usos.

Digan ustedes á ciertas gentes que las costumbres de moda son las más aceptables, y se rien de muy buena gana.

Ahí está el pueblo artesano de Madrid; en él están encarnadas algunas costumbres tan inveteradas, pero tan gráficas y especiales, que es para un buen observador la mejor página que puede leer.

Una de las que más le distinguen es la que se refiere á los días de la boda.

¿Se parecen en algo las bodas de los ricos á las que celebra la gente artesana, y especialmente á las de los barrios extremos de la corte? Ni por asomo. Aquellas se anuncian en los periódicos en esta ó parecida forma:

«Hemos oído que en breve se prometerán mutuo amor en los altares la distinguida señora doña N.... heredera del título B..., con el aventajado joven vizconde de P... Apadrinarán á los novios el señor duque de X... y la respetable señora marquesa de B..., parientes muy cercanos de los presuntos desposados, los cuales marcharán inmediatamente á la capital de Francia, donde se proponen celebrar una agradable luna de miel».

De manera que en estas bodas hay tres períodos: *Bombo anticipado, bendición eclesiástica y despedida en la estación del ferrocarril.*

Los convidados se quedan con la boca abierta, los padres llorando, y el nuevo matrimonio en el coche-salón sin saber lo que les pasa.

En cambio, las bodas de los que la inhumana sociedad llama pobres, porque no tienen más que el fruto de su honrado trabajo, se distinguen de tal manera, me llaman tanto la atención, que cuando pasa mucho tiempo sin ver esas alegres comparsas que recorren las calles como dando testimonio de que se constituye una nueva familia, digo con D. Ramón de la Cruz:

«No hay placeres para mí».

Pero cuando de lejos observo un grupo de gente con mezcla de antiguas manolas cubiertas de bordados mantones, mujeres de fresco rostro y hermosas facciones, vestidas hasta allá; jóvenes de pronunciado seno y ardientes ojos, luciendo sus engomados puñuelos de seda y haciendo caprichosos dengues con la media cola de sus faldas de percal francés y de lana dulce; cuando oigo una murga á las nueve de la mañana de un domingo ó día festivo, y detrás ó delante veo muchachas de todas clases y edades, amarillentos pañuelos de Manila colgados de los hombros de finas chulas, y un buen número de varones del mismo pelaje, exclamo: ¡Una boda! ¡Una boda!

Y salgo á su encuentro, y hago fila con los curiosos, y miro á la novia y si puedo al novio, y contemplo aquella escena, y las alegres y placenteras caras de los acompañantes, y me entusiasmo de tal modo, que no sé contenerme, y tras de la boda voy.

No me atreva á confesar tanto, porque no se me confunda con esos curiosos impertinentes que hacen corro en medio de las calles porque un canario se ha salido de la jaula, porque un alguacil reprende aun vendedor, porque el caballo de un *simón* se ha resbalado y porque un ciego canta, no; yo soy un curioso como muchos otros, sin más pretensiones que observar y divertirme.

¡Qué gente tan feliz! digo algunas veces.

¿Habrán pensado los novios en la enorme obligación que contraen?

¿Quién es él? he preguntado también.

El albañil, el oficial de zapatero, el dependiente de un comercio, el mozo de un café.

¿Y la novia?

¡Sastra, planchadora, modista, lavandera ó vendedora de quincalla, me han dicho.

¿Y se atreven á casar estando el pan á catorce cuartos la libra?

¿Y se determina á formar sociedad esos dos seres cuando apenas pueden pagar las habitaciones las clases mejores acomodadas de Madrid?

Vamos á la iglesia.

Llorosa é irresoluta se presenta en un principio la protagonista.

Alentran en la sacristía de la parroquia, todas las miradas son para ella, que duran más ó menos según sea su garbo y compostura. Marcha el novio á su lado como ave aturrida y un tanto incómodo con la almidonada pechera y las botas que ha estrenado para tan solemne acto. El sacerdote le echa la bendición con palabras en latín, que si no las entienden al menos saben que constituyen la sentencia de su perpetua unión, y salen de la iglesia en medio de la alegría general, rodeados de los convidados, de las figonas beatas que por casualidad se encontraban en el templo, y de infinidad de mendigos que dan y piden á un mismo tiempo. Dan la enhorabuena y piden en cambio una limosnita en loor al sacrificio.

Ni faltan monaguillos que exigen sus propinas por haber tenido la vela, entonado el órgano y avisado la murga.

Y sigue la función según lo acordado en el consejo de familia el día en que se tomaron los dichos. La costumbre es una ley para estas gentes.

No admiten variaciones que desdigan de lo que hicieron sus tatarabuelos en semejante día.

Porque no es preciso advertir que después de cuarenta y cinco años estas gentes refieren con sus pelos y señales los episodios y resultados de todo cuanto se hizo en el día que se casó el tío Faico con la *seña* Nicolasa; así es que se acuerdan de los que comieron más, de los que criticaron menos, los que llevaban la ropa prestada, los que se alegraron demasado. Cuentan como gracia la primera paliza que el novio dió á su consorte, el juicio que celebraron para divorciarse, en una palabra, cuantos sucesos dignos y no dignos de mencionar acacieron en el trascurso del tiempo.

Pero continúa la fiesta.

Después de la iglesia marchan con paso redoblado al más próximo café y allí se toma el consabido chocolate con mojiçón y leche de las Navas. De dos en dos y con las manos agarradas, recorren las principales calles de Madrid y con especialidad el barrio á que pertenecen los novios, llamando la atención de todo el mundo y en particular la novia que rompe la marcha acompañada de la madrina, y por todas partes oye requiebros y picarecas frases que zumban sin compasión en los oídos del paciente novio, que sufre con calma evangélica y hasta con agrado esta costumbre, como sufrían nuestros antepasados la prueba de la ordinalia.

Al medio día van en tropel á la hostería ó á la fonda, y allí les sirven una comida de cuatro pesetas el cubierto, cuya comida suele dejar imperecedero recuerdo, pues regularmente se cuentan chascarrillos y sucesos, que si no instruyen, entretienen y animan.

Y quedan preparados para el baile, que dura desde las seis de la tarde hasta la madrugada. Se inventan mil juegos y diabluras, sin que falte, ¡eso jamás! la grotesca costumbre de echar *sal* en las sábanas de la cama matrimonial, para dar un *susto* á los casados y no dejarles dormir en paz ni en gracia de Dios.

Estas son las escenas más comunes, y si alguna vez varían es por razón de las circunstancias.

Pero bien se celebren las bodas en el campo, en la casa de los padres ó en el local alquilado *ad hoc*, los tipos y los usos siempre son los mismos; así es que nunca faltan la vieja que baila, la futura madrina de pila, los chicos de la vecina, el payaso de la función, el cuñado pendenciero, las comadres que regañan el protector del novio, algún anciano cuentero, los parientes de los suegros, el francés del organillo y los ciegos tocadores.

Y entre bulla y jarana, requiebros y bromas, saludos, ofrecimientos y enhorabuena danzan y rien las parejas, juegan al *mus* las gentes formales, los vecinos se enteran, murmuran un rato, dan las dos de la madrugada, la autoridad del barrio demanda silencio, y media hora más tarde aquellas gentes disper-

sas se reunen en familia y en tandas de vecindad y van á buscar las delicias que les ofrece Morfeo en sus propias casas, si es que algunos no terminan la fiesta en la banquetta de la más cercana buñolería.

¡Y aquí paz y después gloria!

R. ESTIRADO

## REVISTA DE MADRID

En pos de los primeros treinta y un días del año, llega un período de algunos meses que parece el resumen, la síntesis del invierno. Porque no hay fenómeno meteorológico, no hay vicisitud atmosférica en la estación hiemal que no deje sentirse en este mes de Febrero.

Ora la tierra permanece envuelta en el manto cariñoso de la nieve, como resguardándose contra la inclemencia de esos vientos fríos y húmedos que son patrimonio característico de este mes, ora amanecen días claros y serenos, ora enturbien la transparencia de la atmósfera espesas nieblas que envuelven nuestros edificios, ora caen sobre nosotros abrumadoras lluvias.

Pero en esa misma niebla que oculta á nuestra vista los objetos más cercanos, en ese mismo aguacero monótono y pausado que nos impide abandonar los hogares, se descubre una vez más lo admirable de esas leyes que rigen pródicamente el Universo. La humedad que nos penetra, la lluvia que nos abruma, no son sino el agua que existía aglomerada en sus depósitos naturales y que se eleva á la atmósfera para derramarse y repartirse luego pródicamente sobre la tierra para deshacer las nieves, animar la vegetación y marcar su término al invierno.

El calor latente evapora al agua que murmura en el arroyo, la que corre por la cuenca del río, la que ruge en las olas del Océano, hasta la que hay embebida en las capas superficiales de los terrenos.

Si una corriente templada de aire corre sobre la superficie de un río helado, se condensan los vapores que aquella arrastra; si el aire es húmedo y frío, más frío que el suelo de donde los vapores se levantan, opone por su densidad gran resistencia á los globulillos de éstos, que se enfrían, se condensan, y flotan y se extienden á poca altura de la tierra; eso es la *niebla*. ¿Pero es el aire seco y templado, y, por tanto, enrarecido y menos denso? Entonces los vapores se remontan con rapidez y sin obstáculo hasta llegar á regiones más frías de la atmósfera, y entonces es cuando se traban, espesan y arremolinan y constituyen las *nubes*. Aglomeradas ó deshechas sus tenues y movibles masas de vapores, por el más leve soplo de viento, aproximados ó repelidos sus glóbulos por el fluido eléctrico que contienen, afectan infinitas formas que las dan diferentes nombres y pronostican vicisitudes varias.

Al dirigirse el sol aparentemente del trópico de Capricornio al Ecuador, pasando por el signo 12° del Zodiaco y 6° de los Australes, el signo *Piscis*, disminuye en algunos grados la oblicuidad de sus rayos; mitíganse algún tanto los rigores de la temperatura, aquellas grandes heladas de nuestras noches se hacen menos pertinaces y las lluvias también menos constantes. Despéjase la atmósfera y un cielo hermoso y sereno y un sol claro y brillante alegran nuestra vista y nuestro ánimo, y nos brindan algunos días de verdadera primavera en que el gorrión comienza á modular por los aires sus primeras llamadas amorosas.

Los aires fríos y secos de Febrero prestan vigor á nuestra economía y mantienen abundantemente las exhalaciones y secreciones internas; pero los fríos y húmedos, que son los más generales, atacan profundamente á todos los temperamentos, excepto á los biliosos secos.

La mortandad es relativamente considerable, tanto en las clases acomodadas como en las más desvalidas; en las primeras por los excesos de la alimentación y más que nada por los tránsitos bruscos á temperaturas muy frías desde los salones donde la aglomeración de luces y personas, las estufas, la violenta agitación de los bailes, hacen que se desarrolle un calor notable; y en las clases pobres por la escasez de abrigo y de albergue acondicionado, por la insuficiencia de la alimentación y, en fin, por la libre y conti-

una exposición á la intemperie.



No se puede negar que el Sr. Echegaray es un hombre que tiene el privilegio de conmover la opinión pública cada vez que da a la escena algunas de sus obras dramáticas. Esto podrá no ser una prueba inconcusa de su genio, ni un precedente seguro de que la posteridad le tendrá muy en cuenta cuando recuerde la historia literaria de nuestro tiempo; pero es un hecho del cual vanamente nos empeñaríamos en prescindir.

*El bandido Lisandro*, última producción del gran dramaturgo, es buena prueba de lo que venimos diciendo.

El Sr. Echegaray, que se ha encontrado en esta temporada, á causa de la enfermedad del Sr. Vico, con la imposibilidad de ver representada su obra *De mala raza*, ha escrito una en poco días para que la represente la compañía que actúa en el teatro Español: *El bandido Lisandro*.

El Sr. González, Mariano Fernández y la señorita Gambardela hicieron cuanto les fué posible por dar á sus respectivos papeles todo el colorido que el autor les había dado. Pero excepción hecha del Sr. González, que brilló á grande altura en la interpretación del protagonista de la obra, los demás artistas no hicieron más que llenar su cometido de la peor manera posible.

Este creemos haya sido el motivo de que la última producción del Sr. Echegaray no haya obtenido el éxito que en justicia merecía.

*El bandido Lisandro*, no es indudablemente, una obra de la misma talla que *Ó locura ó santidad*; pero es una creación hermosa, digna del autor de *La esposa del vengador*.

Pompeyo Gener es un sabio de treinta y seis años. Tiene una reputación europea.

Para él se hizo aquella frase española de que entre el día y la noche no hay pared. La potencia cerebral de este hombre debe ser extraordinaria. Días y acaso donde menos se le conoce es en España.

Es el autor de un libro que se titula *La Muerte y El Diablo*, cuyo segundo volumen acaba de ver la luz.

*La Muerte y El Diablo* es una obra científica que le ha ocupado mucho tiempo, y en la que hay gran copia de doctrina y de erudición.

Gener había nacido en Cataluña.

Un rasgo de independencia y de legítimo orgullo hizo que viniera á Madrid trayendo su obra debajo del brazo.

Los editores madrileños no la entendieron.

Los literatos y los periodistas no hicieron caso de aquel catalán que venía á alternar con ellos.

En vista de esto, abandonó la capital de España y se dirigió á París con el propósito de publicar allí su libro.

Para realizar su noble propósito necesitaba escribirlo en francés; puso manos á la obra; escribió en francés como en castellano, encontró enseguida editor que publicase la obra.

El gran Littré la recomendó al mundo científico en un prólogo notable.

Littré había sido su maestro.

Claudio Bernard le había enseñado la fisiología.

Maspero le llamaba su discípulo querido.

Cuando envió su libro á Madrid ya se había dado á conocer en el Ateneo de Barcelona y en las páginas de la *Revista contemporánea*, de Perojo.

Mientras permaneció en París fué estimadísimo de las notabilidades científicas.

Su libro, ya famoso, le abrió las puertas del gran mundo literario de París.

Gener es un modelo de actividad.

hay en que trabaja por espacio de diez y seis horas; y como es á la vez hombre de mundo, joven, amigo de admirar la belleza donde quiera que la encuentra y estimadísimo en la buena sociedad, a veces, después de un día entero de trabajo, en el que se ha olvidado de almorzar ó comer (porque es la distracción misma) abstraído en el desarrollo de la materia que haya tratado, se le encuentra en un salón discutiendo siempre de algo muy raro y muy curioso para los que no vivimos en el mundo de la ciencia, y cautivando con la facilidad de su palabra á los que le oyen siempre atentos.

Los demás, cansados de trabajar, van al teatro ó al café para descansar una hora. Gener va á trabajar á todas partes.

En el café está siempre escribiendo, en la mesa del *restaurant* donde come, hay siempre un lápiz y muchos papeles.

En el teatro no puede ver la comedia como los demás, porque se le han de ocurrir mil soluciones distintas de la obra que ve representar.

Lo poco que duerme, sueña sin cesar.

Para bosquejar la biografía de Pompeyo Gener, serían necesarios mucho tiempo, muchos datos, porque ha hecho muchísimas cosas.

Nosotros no hemos querido más que dedicar un recuerdo á este español ilustre que tan alto puesto ocupa en el mundo científico moderno.

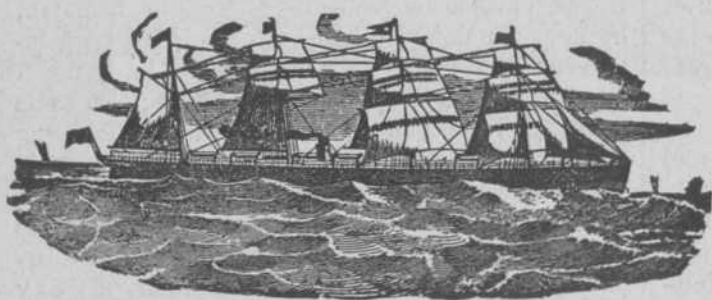
Pompeyo Gener es una gloria nacional, y es deber del cronista de LA AMÉRICA dedicar á tan notable personalidad lugar preferente.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

MADRID, 1885

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ULPIANO GÓMEZ Y PÉREZ  
Calle de la Cabeza, número 36, bajo.

## ANUNCIOS



SERVICIOS  
DE LA

### COMPañIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas,  
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 27, para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *España*.

El 20, de Santander, *Méndez Núñez*.

El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Adén y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 2 Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.

El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Transatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Transatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larrinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

## EL PROGRESO EN 1885

### QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

### LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las *Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

## BIBLIOTECA ARTÍSTICA

### OBRAS PUBLICADAS

**Curso completo de declamación**, ó enciclopedia de los conocimientos que necesitan adquirir los que se dedican al arte escénico, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 450 páginas.—Precio 7 pesetas.

Obra premiada con medalla de 1.ª clase en la Exposición Literario-artística de 1885.

**Músicos, poetas y actores**: colección de estudios crítico-biográficos de los músicos Salinas, Morales, Victoria, Eslava, Ledesma y Masarnau; de los poetas García Gutiérrez, Hartzenbuch y Ayala; de los actores Máiquez, Latorre y Romea, por D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.—Precio 5 pesetas.

Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Literario-artística de 1885.

**Isaac Albeniz**: estudio crítico-biográfico de tan reputado pianista, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un folleto en 8.º.—Precio 50 céntimos.

Estas obras se hallan de venta en las oficinas de la BIBLIOTECA ARTÍSTICA, calle de Columela, núm. 4, bajo, derecha.

### OBRAS EN PREPARACION

Indumentaria Teatral. | Estética de la Música.

Galería de Actores Españoles.

## DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO  
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina solo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen 13